

# 1

No recuerdo dónde me encontraba ni qué estaba haciendo cuando me enteré de que mi padre había muerto.

—Vale. ¿Quieres que analicemos eso?

Me quedé mirando a Theresa, que estaba sentada en su sillón orejero de piel. Me recordaba al Lirón que dormía profundamente durante la merienda en *Alicia en el País de las Maravillas*, o a alguno de sus amigos malhumorados. No paraba de parpadear detrás de sus gafitas redondas y siempre tenía los labios fruncidos. Bajo la falda de tweed, que le llegaba hasta las rodillas, se adivinaban unas bonitas piernas, y también tenía muy buen pelo. Decidí que podía ser guapa si quería, pero solo le interesaba parecer inteligente.

—¿Electra? Estoy perdiéndote otra vez.

—Sí, perdón, estaba a kilómetros de aquí.

—¿Pensabas en lo que sentiste cuando murió tu padre?

Como no podía decirle en qué estaba pensando, asentí varias veces con la cabeza.

—Sí, sí.

—¿Y?

—En realidad no me acuerdo. Lo siento.

—Pareces enfadada por su muerte, Electra. ¿Por qué estabas enfadada?

—No estoy... No estaba enfadada. Quiero decir, la verdad es que no me acuerdo.

—¿No te acuerdas de cómo te sentiste en aquel momento?

—No.

—Vale.

Observé cómo garabateaba algo en su cuaderno, que supuse que sería algo así como: «Se niega a enfrentarse a la muerte de su padre». Era lo que el último loquero me había dicho, y lo cierto es que no dejaba de enfrentarme a ella. Al cabo de los años aprendí que les gustaba encontrar un motivo que justificara que yo fuera un desastre, y luego agarrarlo, como hace un ratón con un trozo de queso, e ir dándome mordisquitos hasta que me mostraba de acuerdo con ellos y les decía cualquier tontería para tenerlos contentos.

—Bueno, ¿y qué piensas de Mitch?

Las frases que se me venían a la cabeza para describir a mi ex habrían obligado a Theresa a coger su móvil y avisar a la policía de que había una loca suelta que quería meterle un tiro en las pelotas a una de las estrellas del rock más famosas del mundo. En vez de eso, sonreí con dulzura.

—Estoy bien. Ahora paso de él.

—Estabas furiosa con él la última vez que viniste a verme, Electra.

—Ya. Pero ahora estoy bien. De verdad.

—Estupendo, esa es una buena noticia. ¿Y qué tal con la bebida? ¿La controlas un poquito más?

—Sí —mentí de nuevo—. Oye, voy a tener que salir pitando a una reunión.

—Pero solo llevamos la mitad de la sesión, Electra...

—Lo sé, es una pena, pero vaya, así es la vida.

Me levanté y me encaminé hacia la puerta.

—¿Quieres que te hagan un hueco al final de la semana?... Habla con Marcia cuando salgas.

—¡Ah, pues sí, gracias!... —En ese momento ya estaba cerrando la puerta tras de mí.

Pasé de largo ante Marcia, la recepcionista, y me dirigí al ascensor, que llegó casi de inmediato. Mientras me llevaba como una exhalación a la planta baja, cerré los ojos —odiaba los espacios cerrados— y apoyé la frente, que me ardía, contra el frío interior de mármol.

«¡Por Dios!, ¿qué me pasa? ¡Estoy tan mal que ni siquiera puedo decirle la verdad a mi terapeuta!», me dije.

«Te da vergüenza decirle la verdad a alguien... ¿Y cómo iba a entenderla, aunque se la dijeras? —me repliqué a mí misma—. Probablemente viva en una bonita casa de piedra con su marido abo-

gado, y tenga dos niños y una nevera cubierta de imanes preciosos de donde cuelgan las obras de arte de sus pequeños. ¡Ah! —añadí mientras me acomodaba en el asiento trasero de mi limusina—, y una de esas fotografías que hacen vomitar a cualquiera de papá y mamá con los chicos, todos vestidos con camisas vaqueras a juego, que habrán ampliado y colgado detrás del sofá.»

—¿Dónde vamos, señora? —me preguntó el chófer por el interfono.

—A casa —respondí con un ladrido antes de sacar una botella de agua de la mininevera, y cerrarla de inmediato para evitar la tentación de explorar las opciones alcohólicas que había en su interior.

Tenía la madre de todas las jaquecas, que una cantidad ingente de analgésicos no había logrado calmar, y ya eran más de las cinco de la tarde. Aunque la fiesta de la noche anterior había sido estu-penda, al menos por lo que era capaz de recordar. Maurice, mi nuevo mejor amigo diseñador, había venido a la ciudad y se pasó a tomar unas copas con varios de sus compañeros de juegos de Nueva York, que a su vez llamaron a otros... No me acordaba de cuándo me fui a acostar, y me sorprendió encontrarme a un extraño en la cama cuando me desperté por la mañana. Al menos era un extraño guapo, y después de volver a conocernos físicamente, le pregunté cómo se llamaba. Fernando había sido repartidor de los almacenes Walmart en Filadelfia hasta hacía unos meses, cuando uno de sus clientes de moda se fijó en él y le dijo que llamara a un amigo suyo de una agencia de modelos de Nueva York. Me comentó que le encantaría recorrer conmigo una alfombra roja uno de estos días —yo ya había aprendido, de la manera más despiadada posible, que una fotografía agarrado de mi brazo habría hecho que la carrera del señor Walmart subiera de forma meteórica—, de modo que me deshice de él en cuanto pude.

«Bueno, Electra, ¿y si le dices la verdad a la señora Lirón? ¿Y si reconocieras que la otra noche ibas tan puesta de alcohol y coca que habrías podido dormir con Papá Noel y no te habrías enterado? ¿Que el motivo de que no pudieras ni siquiera pensar en tu padre no era su muerte, sino que sabías lo avergonzado que se habría sentido de ti... lo avergonzado que se había sentido de ti?»

Al menos, cuando Pa Salt estaba vivo, sabía que no podía ver lo que yo hacía, pero ahora estaba muerto, y de alguna manera era

omnipresente; habría podido estar conmigo en la habitación la noche anterior, o incluso aquí, en la limusina, en este momento...

Me vine abajo y alargué la mano para coger un botellín de vodka, y me lo bebí de un trago intentando olvidar la expresión de desencanto en la cara de Pa la última vez que lo vi antes de que muriera. Había venido a Nueva York para visitarme y me comentó que tenía algo que decirme. Evité encontrarme con él hasta la última noche, cuando accedí a regañadientes a que cenáramos juntos. Llegué a Asiate, un restaurante situado justo al otro lado de Central Park, ya bien cargada de vodka y estimulantes. Durante toda la cena estuve medio aturdida, disculpándome por tener que ir al baño a meterme una rayita de coca cada vez que él intentaba iniciar alguna conversación en la que yo no deseaba tomar parte.

Cuando llegó el postre, Pa se cruzó de brazos y me miró tranquilo.

—Estoy muy preocupado por ti, Electra. Pareces estar ausente.

—Bueno, es que no puedes entender la presión a la que estoy sometida —le solté—, lo duro que resulta ser yo.

Para mi vergüenza, solo tengo vagos recuerdos de lo que sucedió luego y de lo que me dijo, pero sé que me levanté y me marché dejándolo solo. Así que ahora nunca sabré lo que quería contarme...

«¿Qué coño te importa, Electra?», me pregunté mientras me limpiaba la boca y me metía el botellín vacío en un bolsillo; el chófer era nuevo y lo único que me faltaba era un artículo en un periódico diciendo que había dejado el minibar tiritando. «Total, ni siquiera era tu verdadero padre.»

Además, ya no podía hacer nada. Pa ya no estaba aquí —como todas las personas a las que había amado en mi vida— y no me quedaba más remedio que espabilarme. Pa no me hacía ninguna falta, no me hacía falta nadie...

—Ya hemos llegado, señora —dijo el chófer por el interfono.

—Gracias, ahora salgo —respondí, y así lo hice, cerrando la portezuela tras de mí. Lo que más me convenía era que mi llegada a cualquier lugar llamara la atención lo menos posible; otros famosos podían disfrazarse y apañárselas para ir a cualquier restaurante de barrio, pero yo medía más de uno ochenta y me resultaba bastante difícil pasar desapercibida entre la multitud, aunque no hubiese sido famosa.

—¡Hola, Electra!

—Tommy —dije esbozando una sonrisa mientras caminaba bajo el toldo hasta la entrada de mi edificio de apartamentos—, ¿qué tal te encuentras hoy?

—Mucho mejor, ahora que la veo, señora. ¿Ha pasado un buen día?

—Sí, estupendo, gracias. —Hice un gesto de asentimiento bajando los ojos (y subrayo lo de «bajando») ante mi admirador número uno—. Hasta mañana, Tommy.

—Pues claro, Electra. ¿No sale esta noche?

—No, será una velada tranquila en casa. Adiós. —Me despedí con la mano y entré en el edificio.

«Por lo menos él me quiere», me dije al tiempo que recogía el correo que me tendía el portero y me dirigía al ascensor. Mientras el ascensorista me subía hasta mi piso porque simplemente ese era su trabajo (pensé en tenderle las llaves para que me las aguantara, pues eso era todo lo que llevaba encima), pensé en Tommy. Permanecía de guardia a la puerta de mi edificio casi a diario y así llevaba desde hacía varios meses. Al principio aquello me dejó helada y le pedí al portero que se deshiciera de él. Tommy se mantuvo firme sin ceder terreno —literalmente— y dijo que tenía todo el derecho del mundo a estar en la acera, que no molestaba a nadie, y que todo lo que quería era protegerme. El portero me sugirió llamar a la policía y denunciarlo por acoso, pero un día le pregunté cómo se llamaba y luego le investigué por internet. Descubrí en su Facebook que era veterano del ejército, que le habían concedido algunas medallas al valor en Afganistán, y que tenía esposa y una hija en Queens. Ahora, en vez de hacerme sentir amenazada, Tommy hacía que me sintiera segura. Además, siempre era respetuoso y educado, de modo que le dije al portero que diera marcha atrás.

El ascensorista salió y me dejó pasar. Luego hicimos una especie de baile en el que yo tuve que dar un paso atrás para que él pudiera ir delante hasta mi ático antes de abrirme la puerta con su llave maestra.

—Ya estamos, señorita D'Aplièse. Que tenga un buen día.

Hizo un gesto con la cabeza y percibí la nula cordialidad que había en sus ojos. Sabía que en el edificio todo el personal deseaba que me convirtiera en una nube de humo y desapareciera por una

chimenea inexistente. Casi todos los vecinos llevaban allí desde que no eran más que fetos en la barriga de su madre, en una época en que una mujer de color, como yo, a lo sumo habría tenido el «privilegio» de ser su doncella. Eran todos vecinos-propietarios, en cambio yo era una palurda: una inquilina, aunque rica, a la que se le había permitido entrar de alquiler porque la anciana que vivía allí falleció y su hijo reformó la vivienda y luego intentó venderla a un precio desorbitado. Al parecer, no lo había conseguido debido a una cosa llamada «crisis de las hipotecas subprime». De modo que se vio obligado a alquilar el piso al mejor postor, o sea a mí. El precio era una locura, pero también era una locura el apartamento, atestado de obras de arte moderno y de todo tipo de chismes electrónicos que una pueda imaginar (yo no sabía cómo funcionaban la mayoría de ellos), y las vistas sobre Central Park desde la terraza eran impresionantes.

Si hubiera necesitado algo que me recordara mi éxito, ese piso lo habría hecho. «Pero lo que me recuerda más que nada —pensé hundiéndome en el sofá, que podía servir de cama por lo menos a dos tíos hechos y derechos— es lo sola que estoy.» El apartamento tenía tales dimensiones que me sentía pequeña y delicada... y allí arriba, en lo alto del edificio, muy, pero que muy aislada.

En algún rincón del piso se oyó mi móvil, con la canción que había hecho de Mitch una estrella famosa en todo el mundo; mi intención era cambiar el tono de llamada, pero no había sido capaz. «Si CeCe es disléxica con las palabras, yo seguro que soy disléxica con la electrónica», pensé mientras me dirigía al dormitorio para cogerlo. Me sentí aliviada al ver que la doncella había cambiado las sábanas de aquella cama enorme y que todo estaba perfecto, como en una habitación de hotel. Me gustaba la nueva doncella que mi asistente personal me había encontrado; había firmado un acuerdo de confidencialidad, como todas las demás, para impedir que se pusiera a largar y le contara a la prensa lo que no debía acerca de mis hábitos más feos. Aun así, me estremecí al imaginar lo que la chica —¿se llamaba Lisbet?— habría pensado cuando entró en el piso aquella mañana.

Me senté en la cama y escuché mis mensajes de voz. Cinco eran de mi agente pidiéndome que contestara urgentemente a sus llamadas para hablar de la sesión de fotos del día siguiente para *Vanity*

*Fair*, y el último mensaje era de Amy, mi nueva asistente personal. Solo llevaba conmigo tres meses, pero me gustaba.

«Hola, Electra, soy Amy. Bueno... Solo quería decirte que he disfrutado mucho trabajando para ti, pero no creo que vaya a funcionar a largo plazo. Hoy mismo he entregado mi carta de dimisión a tu agente y te deseo mucha suerte en el futuro y...»

—¡MIERDA! —chillé. Le di al icono de borrar y arrojé el móvil a la otra punta de la habitación—. ¿Qué coño le he hecho yo? —pregunté al techo, extrañándome al mismo tiempo de estar tan irritada porque una niñata de tres al cuarto, que se había puesto de rodillas ante mí y me había suplicado que le diera una oportunidad, me abandonara al cabo de tres meses—. «Entrar en el negocio de la moda ha sido mi sueño desde que era una niña. Por favor, señorita D’Aplièse, trabajaré para usted día y noche, su vida será la mía y juro que nunca la defraudaré» —exclamé imitando el acento quejumbroso de Brooklyn que tenía Amy, mientras marcaba el número de mi agente.

Había tres cosas sin las que yo no podía vivir: vodka, cocaína y un asistente personal.

—Hola, Susie, acabo de enterarme de que Amy ha dimitido.

—Sí, menudo fastidio. Se desenvolvía bien.

El acento británico de Susie sonaba tajante y formal.

—Ya, yo también pensaba que lo hacía bien. ¿Sabes por qué se ha ido?

La línea quedó muda durante un segundo antes de que mi agente respondiera.

—No. De todas formas, pondré a Rebekah al tanto y estoy segura de que te encontraremos otra para finales de semana. ¿Has oído mis mensajes?

—Sí, los he oído.

—Bueno, pues mañana no llegues tarde. Quieren empezar a hacer las fotos a la salida del sol. Pasará un coche a recogerte a las cuatro de la madrugada, ¿vale?

—Claro.

—Me he enterado de que anoche tuviste una buena fiesta.

—Fue divertida, sí.

—Bueno, pues esta noche nada de fiestas, Electra. Mañana tienes que estar fresca. Es la foto de la portada.

—No te preocupes. Me meteré en la cama a las nueve, como una niña buena.

—Vale. Perdona, tengo a Lagerfeld por la otra línea. Rebekah se pondrá en contacto contigo con una lista de asistentes adecuadas. *Ciao*.

—*Ciao* —repetí imitándola cuando la línea se cortó.

Susie era de las pocas personas del planeta que se atrevían a colgarme. Era la agente de modelos más poderosa de Nueva York y llevaba todos los grandes nombres de la industria. Me había descubierto cuando yo tenía solo dieciséis años. Por aquella época, estaba trabajando en París de camarera, tras ser expulsada de mi tercera escuela. Le dije a Pa que no tenía sentido que intentase buscarme otro colegio porque acabaría siendo expulsada también de él. Para mi sorpresa, no armó ningún revuelo.

Recordaba cuánto me extrañó que no se enfadara al enterarse de mi decisión. Solo le vi un poco decepcionado, supongo, cosa que me bajó algo los humos.

—Tengo pensado irme de viaje o algo así —le dije—. Aprender de las experiencias de la vida.

—Reconozco que la mayor parte de lo que necesitas saber para tener éxito en la vida no se aprende en la escuela —me contestó—. Pero, como eres tan brillante, esperaba que te sacaras algunos títulos. Eres muy joven para valerte por ti misma. El mundo es muy grande ahí fuera, Electra.

—Puedo cuidarme sola, Pa —respondí con firmeza.

—Estoy seguro de que puedes, pero ¿qué harás para pagarte tus viajes?

—Encontraré trabajo, por supuesto —dije encogiéndome de hombros—. Había pensado ir primero a París.

—Excelente elección. —Pa movió la cabeza en señal de aprobación—. Es una ciudad increíble.

Mientras lo observaba desde el otro lado del enorme escritorio de su despacho, pensé que tenía un aspecto casi distraído y triste. Sí, bastante triste.

—Bueno, y ahora —añadió— ¿por qué no llegamos a un acuerdo? Quieres dejar la escuela, cosa que entiendo, pero me preocupa que mi hija menor se lance al mundo a una edad tan tierna. Marina tiene algunos contactos en París. Estoy seguro de que podrías ayu-



darte a encontrar alojamiento. Pasa el verano allí, y luego volvemos a reunirnos y ya decidiremos dónde vas después.

—Vale, me parece un buen plan —admití, extrañada aún de que no hubiera insistido con más ahínco para que acabara mis estudios.

Cuando me levanté para marcharme, decidí que o bien se había desentendido de mí o que se limitaba a darme cuerda para que me ahorcara.

En cualquier caso, Ma llamó a algunos contactos suyos y yo acabé en un pequeño estudio bastante bonito desde el que se veían los tejados de Montmartre. Era minúsculo y tenía que compartir el baño con una caterva de chavales de intercambio que habían ido a la ciudad a mejorar su francés, pero era mío.

Aún recordaba el delicioso sabor de independencia que sentí por primera vez cuando me vi de pie en mi diminuta habitación la noche que llegué y me di cuenta de que no había nadie que me dijera lo que tenía que hacer. Además, tampoco había nadie que cocinara para mí, así que me fui a un café que había en mi misma calle, me senté a una mesa fuera y encendí un cigarrillo mientras estudiaba el menú. Pedí sopa de cebolla a la francesa y una copa de vino, y el camarero no pestañeó al verme fumar ni cuando pedí alcohol. Tres copas de vino después, me armé de valor para dirigirme al dueño del local y preguntarle si tenía algún puesto libre de camarera. Al cabo de veinte minutos, recorrí los pocos centenares de metros que distaba el café de mi pisito con un trabajo bajo el brazo. Uno de los momentos en los que sentí más orgullo fue cuando a la mañana siguiente llamé a Pa desde el teléfono de pago del pasillo. Aunque me costara creerlo, su voz denotaba tanto entusiasmo como cuando mi hermana Maia sacó una plaza en la Sorbona.

Cuatro semanas más tarde le serví a Susie, la que ahora es mi agente, un *croque monsieur*, y el resto ya es historia...

«¿Por qué miro hacia atrás todo el tiempo?», me pregunté cuando buscaba el móvil para escuchar el resto de los mensajes. «¿Y por qué sigo pensando en Pa...?»

—Mitch... Pa... —musité mientras aguardaba a que el buzón de voz fuera desgranando las cuentas de su rosario—. Se han ido, Electra, lo mismo que Amy hoy, y tú tienes que seguir adelante.

«Queridísima Electra, ¿qué tal estás? Yo estoy otra vez en Nueva York... ¿Qué haces esta noche? ¿Te apetece compartir una botella de Cristal y un poco de *chow mein dans ton lit avec moi*? Te echo de menos. Llámame en cuanto puedas.»

A pesar de lo baja de moral que estaba, no pude por menos que sonreír. Zed Eszu era un enigma en mi vida. Era riquísimo, tenía muy buenos contactos y —pese a su baja estatura y que no era mi tipo de hombre— era increíble en la cama; llevábamos tres años enrollándonos regularmente. La cosa se interrumpió cuando empecé en serio con Mitch, pero reanudamos nuestros encuentros hacía unas semanas y no cabía duda de que Zed había dado a mi ego el empujoncito que necesitaba.

¿Estábamos enamorados? La respuesta era un no rotundo, al menos por mi parte, pero salíamos con la misma gente en Nueva York y, lo mejor de todo, cuando estábamos a solas hablábamos en francés. Al igual que Mitch, no se sentía impresionado por quién era yo, algo bastante raro por aquel entonces, y en cierto modo reconfortante.

Me quedé mirando el teléfono, sopesando si debía ignorar a Zed y seguir las instrucciones de Susie y acostarme pronto, o si debía llamarlo y disfrutar un rato de su compañía. No lo tenía muy claro, así que llamé a Zed y le dije que se pasara por casa. Mientras llegaba, me di una ducha y luego me puse mi quimono de seda favorito, diseñado especialmente para mí por un *atelier* japonés muy prometedor. Me bebí luego lo que me pareció un montón de litros de agua para contrarrestar cualquier bebida o cualquier otra cosa mala que me fuera a meter cuando llegara él.

El interfono sonó y me anunciaron que Zed estaba allí; le dije al portero que lo hiciera subir sin más. Zed se presentó ante mi puerta con un ramo gigantesco de rosas blancas y la botella prometida de champán Cristal.

—*Bonsoir, ma belle Electra* —dijo en su extraño francés, una vez que se deshizo de las flores y del champán y me dio un beso en cada mejilla—. *Comment tu vas?*

—Bien —respondí, y dirigí la vista con avidez hacia el champán—. ¿Lo abro?

—Creo que eso me toca a mí. ¿Puedo quitarme primero la chaqueta?

—Por supuesto.

—Pero antes... —Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y me tendió una cajita de terciopelo—. Vi esto y pensé en ti.

—Gracias —dije sentándome en el sofá y encogiéndome las largas piernas mientras contemplaba la cajita entre mis manos como una niña emocionada.

Zed me compraba regalos a menudo; irónicamente, teniendo en cuenta su poder adquisitivo, rara vez eran cosas ostentosas, pero siempre se trataba de algo interesante y elegido con mucho cuidado. Levanté la tapa de la cajita y vi un anillo en su interior. La piedra era ovalada y de una tonalidad amarillenta muy suave.

—Es ámbar —comentó Zed al observar cómo estudiaba yo la forma en que la piedra capturaba la luz de la araña que colgaba del techo—. Pruébalo.

—¿En qué dedo me lo pongo? —bromeé levantando la vista hacia él.

—En el que prefieras, *ma chère*, pero si pretendiera hacerte mi esposa vendría con algo un poquito mejor que esto. Seguro que sabes que tu homónima griega está asociada con el ámbar.

—¿De verdad? No, no lo sabía. —Observé cómo destapaba la botella de champán—. ¿En qué sentido?

—Bueno, la palabra griega para ámbar era *elektron*, y cuenta la leyenda que los rayos del sol fueron atrapados dentro de la piedra. Un filósofo griego se fijó en que si se frotaban dos trozos de ámbar entre ellos, creaban una fricción que a su vez creaba una energía... Tu nombre no podía encajar mejor contigo —dijo sonriendo mientras me tendía una copa de champán.

—¿Quieres decir que creo fricciones? —repliqué con una sonrisa—. La pregunta es: ¿me adapté yo a mi nombre o se adaptó él a mí? *Santé!*

—*Santé!*

Chocamos nuestras copas y Zed se sentó a mi lado.

—Humm...

—Te estás preguntando si no te habré traído otro regalo...

—Pues sííí.

—Mira debajo del forro de la caja.

Así lo hice y, como me esperaba, doblada debajo de la delgada pieza de terciopelo que sostenía el anillo había una bolsita de plástico.

—Gracias, Zed —dije al tiempo que abría la bolsita y metía un dedo en su interior como hace un niño con un tarro de miel; a continuación me pasé el dedo por las encías.

—Buena, ¿eh? —me preguntó cuando vio que extendía un poquito encima de la mesa, despegaba una pajita que iba adherida a la bolsa y aspiraba el polvo por la nariz.

—Mmm... Buenísima —afirmé—. ¿Quieres un poco?

—Sabes que no. Bueno, ¿y qué tal vas?

—Ah... bien.

—No pareces muy segura, Electra, y tienes cara de cansada.

—He tenido mucho follón —dije después de tomar un trago de champán—. Estuve en Fiji la semana pasada para una sesión de fotos y me voy a París la semana que viene.

—Quizá necesites bajar un poco el ritmo. Tómate un descanso.

—Y eso me lo dice el tío que, según me contó, pasa más noches durmiendo en su jet privado que en su cama —repliqué en tono de broma.

—Entonces quizá deberíamos bajar el ritmo los dos. ¿Puedo tentarte invitándote a pasar una semana en mi yate? Estará amarrado en Santa Lucía durante los próximos meses, antes de que me lo lleve a navegar por el Mediterráneo en verano.

—Ya me gustaría. —Suspiré—. Tengo una agenda apretadísima hasta junio.

—Pues entonces ven en junio. Podemos navegar por las islas griegas.

—Tal vez. —Me encogí de hombros sin tomármelo en serio. A menudo, cuando estábamos juntos, Zed me proponía planes que nunca llegaban a nada o, más concretamente, que tampoco yo quería que llegaran a algo. Zed era estupendo para pasar una noche en su compañía y para un poco de rollo físico, pero solo para eso, y además había empezado a irritarme con su meticulosidad y su increíble arrogancia.

El interfono volvió a sonar y Zed se levantó a responder.

—Hágalo subir, gracias. —Sirvió un poco más de champán a los dos—. Nos traen un poco de comida china, y te prometo que será el mejor *chow mein* que hayas probado nunca —dijo sonriendo—. Bueno, ¿y cómo están tus hermanas?

—No sé. He estado demasiado ocupada y hace tiempo que no hablo con ellas. Bueno, Ally ha tenido un bebé..., un niño. Lo ha llamado Bear, un nombre que me parece muy mono. Ahora que lo pienso, voy verlas a todas en junio en Atlantis; vamos a llevar el barco de Pa a las islas griegas para depositar una corona donde Ally cree que fue arrojado su ataúd. Tu padre fue encontrado en una playa cerca de allí, ¿no?

—Sí. Pero, como tú, no quiero pensar en la muerte de mi padre porque me disgusta mucho —contestó con sequedad—. Yo solo pienso en el futuro.

—Lo sé, pero es una coincidencia...

Sonó el timbre y Zed acudió a la puerta.

—Venga, Electra —dijo al volver con dos cajas en la mano camino de la cocina—. Ayúdame con esto.

**A**l día siguiente, cuando llegué a casa después de la sesión de fotos, me di una ducha caliente y me metí en la cama con un vodka. Me sentía deshecha: todos los que piensen que las modelos se limitan a ir flotando por ahí vestidas con ropa bonita y que cobran por ello una fortuna deberían probar un día a ser yo. Empezar a las cuatro de la madrugada, con seis cambios de peinado, de vestido y de maquillaje en un almacén helado en el centro no era nada fácil. Nunca me había quejado en público —quiero decir, no trabajaba en una fábrica de China en la que explotan a los obreros, y desde luego me pagaban una barbaridad por lo que hacía—, pero cada uno tiene su propia realidad y de vez en cuando, aunque sea un problema del primer mundo, la gente tiene derecho a quejarse cuando está a solas, ¿no?

Disfrutando de sentir un poco de calor por primera vez en todo el día, me recosté en las almohadas y me puse a escuchar el buzón de voz. Rebekah, la asistente personal de Susie, me había dejado cuatro mensajes diciéndome que me había mandado por e-mail los currículums de las asistentes más adecuadas y que los mirara en cuanto pudiera. Estaba leyéndolos en mi portátil cuando sonó el móvil y vi que era Rebekah otra vez.

—Estoy mirándolos en este momento —dije antes de que ella pudiera hablar.

—Estupendo. Gracias, Electra. En realidad, te llamaba porque hay una chica que creo que encajaría a la perfección contigo, pero le han ofrecido otro puesto y tiene que dar una respuesta mañana. ¿Te vendría bien que se dejara caer por ahí a última hora de la tarde, para que podáis charlar?

—Acabo de llegar a casa de la sesión de fotos de *Vanity Fair*, Rebekah, y...

—Creo que deberías verla, Electra. Tiene unas referencias estupendas. Ha sido la asistente personal de Bardin y ya sabes lo difícil que es ese hombre. Quiero decir... —continuó de modo precipitado—, o sea que está acostumbrada a trabajar bajo presión para clientes destacados del mundo de la moda. ¿Puedo decirle que se pase por ahí?

—Vale. —Suspiré, no quería parecer tan «difícil» como evidentemente ella me consideraba.

—Estupendo. Se lo diré. Sé que se pondrá contentísima. Es una de tus mayores fans.

—De acuerdo. Dile que se pase a las seis.

A las seis en punto sonó el interfono para avisarme de que mi visita había llegado.

—Hágala subir —respondí con voz cansada.

No me apetecía nada todo aquello. Como Susie había dado a entender que necesitaba que me ayudaran a organizar mi vida, ya había visto llegar una marea de mujeres jóvenes llenas de ansiedad y de entusiasmo, que se marchaban al cabo de pocas semanas.

—¿Soy tan difícil? —pregunté a la imagen que se reflejaba en el espejo mientras me aseguraba de que no se me hubiera quedado nada pegado entre los dientes—. Puede ser. Pero no es ninguna novedad, ¿verdad? —añadí.

Me terminé mi copa de vodka y me arreglé el pelo. Stefano, mi estilista, me había hecho unas trenzas apretadísimas para prenderme luego unas extensiones bien largas. Siempre me dolía toda la cabeza después de que me colocaran extensiones nuevas.

Llamaron a la puerta con los nudillos y fui a abrir preguntándome quién estaría al otro lado. Independientemente de lo que yo me esperara, desde luego no era aquella persona bajita, delgada, vestida con un sencillo traje de chaqueta marrón, con una falda que le llegaba justo por debajo de las rodillas y le daba un aire anticuado. Mis ojos se pasaron por su figura hasta llegar a los pies, encerrados en lo que Ma habría llamado un par de zapatones «prácticos» de color marrón. Lo más sorprendente de ella era que llevaba un pañuelo en la cabeza, bien apretado, que le cubría desde la frente hasta la nuca. Comprobé que tenía un rostro exquisito: nariz

minúscula, pómulos altos, labios carnosos y sonrosados y una tez clara, blanca como la leche.

—Hola —dijo sonriendo, y sus encantadores ojos de color marrón oscuro se iluminaron—. Me llamo Mariam Kazemi y estoy encantada de conocerla, señorita D'Aplièse.

Su voz me pareció adorable; de hecho, si hubiera estado en venta la habría comprado, porque era profunda y modulada, y se derramaba desde su garganta como si fuera miel.

—Hola, Mariam. Entra.

—Gracias.

Mientras yo me dirigía hacia el sofá dando grandes zancadas, Mariam Kazemi se tomó su tiempo. Se detuvo para contemplar los carísimos lienzos, que a mí me parecían manchurroneos y garabatos, y, por su expresión, habría jurado que le merecían la misma opinión que a mí.

—No son míos, son un capricho del casero —comenté, aunque no sé por qué—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Agua, café, té? ¿Algo más fuerte?

—¡Oh, no! No bebo. O sea, bebo, pero no alcohol. Desearía un poco de agua, si no es mucha molestia.

—¡Claro! —dije, y me dirigí a la cocina. Estaba sacando una botella de Evian del frigorífico cuando apareció junto a mí.

—Pensaba que tenía usted personal para hacer ese tipo de cosas...

—Tengo una doncella, pero, pobre de mí, me paso la mayor parte del tiempo aquí solita. Toma.

Le tendí el agua y ella se dirigió entonces a la ventana y se asomó.

—Esto está muy alto.

—Sí, lo está. —Me di cuenta de que me hallaba obnubilada por aquella chica que exudaba calma como si fuera un perfume, y no parecía en absoluto impresionada por haberme conocido ni por el grandioso apartamento en el que yo residía. Normalmente, las posibles candidatas se ponían como locas de entusiasmo y prometían el oro y el moro—. ¿Vamos a sentarnos?

—Sí, gracias.

—Bueno —dije cuando nos acomodamos en la sala de estar—. Me han dicho que trabajaste para Bardin.

—Sí, en efecto.



—¿Por qué te fuiste?

—Me ofrecieron un puesto que pensé que me venía mejor.

—¿No fue porque él era una persona difícil?

—¡Qué va! —replicó sofocando una risita—. No era en absoluto difícil, pero volvió a París para instalarse allí y yo tengo mis raíces aquí. Seguimos siendo buenos amigos.

—Muy bien. Eso es estupendo. Y entonces ¿por qué estás interesada en trabajar para mí?

—Porque siempre he admirado su trabajo.

«¡Uau! —pensé—. No he conocido a mucha gente que llame “trabajo” a lo que hago.»

—Gracias.

—Es un verdadero regalo ser capaz de crear una personalidad que complementa los productos que anuncia, creo yo.

Observé cómo abría la cartera de color marrón liso, que tenía más de cartera escolar que de diseño, y me entregaba su currículum.

—Supuse que no ha tenido tiempo de echarle un vistazo antes de que llegara.

—No, no me ha dado tiempo —reconocí mientras daba una ojeada a los detalles de su vida, que eran pocos pero me llamaron la atención—. ¿Así que no fuiste a la universidad?

—No; mi familia no tenía dinero. Bueno, en honor a la verdad —se llevó una de sus delicadas manos a la cara y uno de sus dedos rozó su nariz—, probablemente sí lo tuviera, pero somos seis y no habría sido justo para los demás que yo fuera a la universidad y ellos no pudieran hacerlo.

—¡Nosotras también éramos seis! Y yo tampoco fui a la universidad ni a una escuela superior.

—¡Bueno, al menos tenemos algo en común!

—Yo soy la pequeña.

—Y yo la mayor —dijo Mariam con una sonrisa.

—¿Tienes veintiséis años?

—Sí.

—Pues tenemos la misma edad —comenté, y por alguna razón desconocida me complació encontrar paralelismos con aquella persona tan insólita—. En fin, ¿qué hiciste cuando dejaste el instituto?

—Empecé a trabajar en una floristería por la mañana e iba a la escuela de comercio en el turno de noche. Puedo conseguir una copia de mi título, si lo necesita. Sé utilizar el ordenador, puedo hacer hojas de cálculo, y como mecanógrafa..., bueno, no estoy segura de la velocidad que puedo alcanzar, pero soy bastante rápida.

—Ese no es uno de los principales requisitos, y tampoco las hojas de cálculo. Mi contable se encarga de las cuestiones financieras.

—¡Ah, pero esas cosas pueden resultar muy útiles para las tareas organizativas! Puedo planificar con todo detalle un mes entero para que usted solo tenga que echarle un vistazo.

—Si lo hicieras, me parece que saldría corriendo —bromeé—. Yo siempre voy al día. Es la única forma de soportarlo.

—La entiendo, señorita D'Aplièse, pero mi trabajo consiste en organizar las cosas más allá del día a día. Con Bardin, incluso tenía una hoja de cálculo para llevar la ropa a la tintorería, y decidíamos lo que iba a ponerse para cada evento, incluido el color de los calcetines... que deliberadamente a menudo no iban a juego.

Mariam soltó una risita y yo la imité.

—¿Dices que es un tipo agradable?

—Es fantástico, sí.

Tanto si lo era como si no, aquella chica tenía integridad. Muchas veces me había encontrado con aspirantes a asistente personal que lo primero que habían hecho era contarme los trapos sucios de sus anteriores jefes. Quizá les pareciera adecuado explicar con todo detalle por qué habían dejado el trabajo, pero yo solo pensaba en que en el futuro podría ser yo la persona de la que hablaran mal.

—Antes de que me lo pregunte, le diré que soy muy discreta. —Mariam había leído mis pensamientos—. He comprobado que a menudo los chismes que circulan acerca de los famosos en el mundo de la moda no son ciertos. Resulta interesante...

—¿Qué?

—No, nada.

—Por favor, dímelo.

—Bueno, me parece fascinante que tanta gente ansíe la fama, pero, según mi experiencia, muchas veces lo único que trae consigo es desgracia. La gente cree que le dará derecho a hacer o a ser

lo que quiera, pero en realidad casi todos pierden el bien máspreciado que tenemos los seres humanos, o sea, su libertad. Tu libertad —añadió.

La miré sorprendida. Tuve la sensación de que, a pesar de todo lo que yo tenía, a Mariam le daba lástima. No de un modo condescendiente, sino de una manera compasiva y cariñosa.

—Pues sí, he perdido mi libertad. De hecho —confesé a aquella extraña—, me pone más que paranoica la idea de que alguien me vea haciendo la cosa más sencilla y luego la retuerza para convertirla en una noticia con la que vender más periódicos.

—No es buena esta manera de vivir, señorita D'Aplièse. —Sacudió la cabeza en un gesto solemne—. Bueno, me temo que debo marcharme. Prometí a mi madre que haría de canguro de mi hermano pequeño mientras papá y ella salían.

—Muy bien. Lo de hacer de canguro... Quiero decir, ¿es algo de lo que te ocupas regularmente?

—¡Oh, no, en absoluto! Por eso es tan importante que llegue a tiempo esta noche. Es el cumpleaños de mamá, ¿sabe usted?, y el chiste que hacemos en casa es que la última vez que papá la llevó a cenar fuera fue cuando le propuso matrimonio... ¡hace veintiocho años! Doy por hecho que si decide darme el empleo me necesitará veinticuatro horas al día.

—¿Y que habrá que hacer un montón de viajes al extranjero?

—Sí, no hay ningún problema. Tampoco tengo compromisos de carácter sentimental. Y ahora, si me disculpa... —Se levantó y añadió—: Ha sido un placer conocerla, señorita D'Aplièse, aunque al final no lleguemos a trabajar juntas.

La observé mientras daba media vuelta y se dirigía a la puerta. Aunque vestía con una ropa fea, aquella chica tenía una gracia natural y lo que un fotógrafo llamaría «presencia». Pese a que la entrevista había durado solo quince minutos y yo no le había hecho ni una décima parte de las preguntas que tendría que haber planteado, realmente, sí, realmente, quería en mi vida a Mariam Kazemi y su maravillosa sensación de calma.

—Escucha, si te ofreciera el puesto ahora mismo, ¿lo aceptarías? Quiero decir... —añadí levantándome del sofá de un brinco para acompañarla hasta la puerta—, sé que te han ofrecido otro puesto y que tienes que dar una respuesta mañana.

Se detuvo un instante, luego se volvió para mirarme a la cara y sonrió.

—Por supuesto que aceptaría. Creo que es usted una persona encantadora, con un alma buena.

—¿Cuándo puedes empezar?

—La semana que viene, si lo desea.

—¡Hecho! —Le tendí la mano y, tras unos segundos de vacilación, ella me tendió la suya.

—¡Hecho! —repetió—. Y ahora... de verdad que tengo que irme.

—Por supuesto.

Abrió la puerta y la seguí hasta el ascensor.

—Bueno, ya sabes lo que hay, pero tendré que rellenar para Rebekah una oferta de empleo y pedirle que te la mande mañana por la mañana.

—Muy bien —respondió mientras las puertas del ascensor se abrían de par en par.

—Por cierto, ¿qué perfume llevas? Es estupendo.

—En realidad es loción corporal, y la hago yo misma. Adiós, señorita D'Aplièse.

Las puertas del ascensor se cerraron y Mariam Kazemi se marchó.

Las referencias de Mariam no solo fueron confirmadas, sino que además todas alababan sus cualidades muy por encima de mis expectativas, de modo que el jueves siguiente las dos subimos a bordo de un jet privado en el aeropuerto de Teterboro, en New Jersey, y despegamos con destino a París. El único gesto por su parte que indicaba que estábamos de viaje, en lo que se refería a su «uniforme», era que había sustituido la falda por unos pantalones de color beis. La observé mientras tomaba asiento en la cabina y a continuación sacaba su portátil de la cartera.

—¿Habías volado alguna vez en un jet privado? —le pregunté.

—¡Oh, por supuesto! Bardin no usaba otra cosa. Veamos, señorita D'Aplièse...

—Llámame Electra y tutéame, por favor.

—Electra —dijo corrigiéndose—. Tengo que preguntarte si prefieres tomarte un descanso durante el vuelo o si te gustaría aprovechar para repasar unas cuantas cosas conmigo.

Dado que Zed había sido mi compañero de juegos hasta las cuatro de la madrugada, elegí lo primero. Así que apreté el botón que convertía mi asiento en una cama, me puse el antifaz y me quedé dormida.

Me desperté al cabo de tres horas. Me sentía como nueva —estaba acostumbrada a dormir en los aviones— y al mirar por una esquina del antifaz comprobé que mi nueva asistente también estaba despierta. No se encontraba en su asiento, de modo que supuse que estaría en el baño. Me quité el antifaz, coloqué el asiento en posición vertical y, para mi sorpresa, vi el trasero de Mariam levantado hacia mí en el estrecho pasillo que quedaba entre los asientos. «Quizá esté practicando yoga», pensé cuando comprobé que se ponía a cuatro patas con la cabeza pegada al suelo, como si fuera una variante de la postura del Niño. Luego la oí murmurar algo y cuando levantó ligeramente las manos y la cabeza me di cuenta de que estaba rezando. Me sentí incómoda por el hecho de estar observándola mientras realizaba un acto tan privado, así que desvié la mirada y aproveché para ir al servicio. Cuando volví, Mariam estaba ya en su asiento, escribiendo algo en su portátil.

—¿Has dormido bien? —me preguntó con una sonrisa.

—Sí, y ahora tengo hambre.

—Les pedí que se aseguraran de que hubiera algo de sushi a bordo. Susie me dijo que era tu comida favorita cuando estabas de viaje.

—Gracias. Así es.

La auxiliar de vuelo ya estaba a mi lado.

—¿Puedo ayudarla en algo, señorita D’Aplièse?

Le dije lo que deseaba tomar: fruta fresca, sushi y media botella de champán, y a continuación me volví hacia Mariam.

—¿Vas a comer algo?

—Ya lo he hecho, gracias.

—¿Te pones nerviosa cuando vuelas?

Me miró frunciendo el ceño.

—No, en absoluto. ¿Por qué?

—Porque cuando me desperté vi que estabas rezando.

—¡Ah! —Se echó a reír—. Eso no es porque estuviera nerviosa, es porque ahora es mediodía en Nueva York, que es cuando siempre rezo.

—Vale. No sabía que tuvieras que hacerlo.

—No te preocupes, por favor, Electra, no me verás rezando muchas veces. Suelo buscar un espacio discreto, pero aquí arriba... —Señaló con un gesto la estrechez de la cabina—. No habría cabido en el servicio.

—¿Tienes que rezar cada día?

—Sí. De hecho, cinco veces al día.

—¡Uau! ¿No te resulta un poco agobiante?

—Nunca se me había ocurrido ni pensarlo, porque lo he hecho todos los días desde niña. Y después siempre me siento mejor. Así soy yo.

—¿Quieres decir que así es tu religión?

—No, así soy yo. Bueno, aquí está tu sushi. Tiene una pinta estupenda.

—¿Por qué no me acompañas y tomas algo tú también? No me gusta beber sola —comenté en tono de broma mientras la azafata me servía champán en una copa.

—¿Desea algo, señora? —preguntó a Mariam, que se había deslizado hasta el asiento situado enfrente de mí.

—Un poco de agua, por favor.

—¡Salud! —brindé—. ¡Por el éxito de nuestra relación laboral!

—Sí. Estoy segura de que será un éxito.

—Siento no estar al corriente de tus costumbres.

—¡Por favor! No lo sientas —dijo para consolarme—. Si yo estuviera en tu lugar, tampoco sabría nada de ti.

—¿Vienes de una familia muy estricta?

—No. En realidad, no. Al menos, comparada con otras, no es muy estricta. Nací en Nueva York, lo mismo que mis hermanos, así que somos todos estadounidenses. Como siempre dice papá, la nación dio a mis padres un puerto seguro cuando lo necesitaron y debemos respetar sus costumbres igual que las de nuestros antepasados.

—¿Dónde nacieron tus padres?

—En Irán... o Persia, como preferimos decir en casa. Es un nombre mucho más bonito, ¿no crees?

—Sí, lo es. Entonces ¿tus padres abandonaron su país en contra de su voluntad?

—Sí. Llegaron a Estados Unidos tras la caída del sah.

—¿El sah?

—Era el rey de Irán, y sus ideas eran muy occidentales. A los extremistas de nuestro país eso no les gustaba, de modo que todos los que estaban emparentados con él tuvieron que huir para salvar la vida.

—Entonces, si él era un rey, ¿tú eres miembro de la realeza?

—Bueno —dijo sonriendo—, técnicamente sí, pero la nuestra no es como las familias reales europeas... Somos cientos los que estamos emparentados con él: primos, primos segundos, terceros o cuartos por matrimonio. Supongo que en Occidente diríais que mi familia era de sangre azul.

—¡Cielos! ¡Tengo a una princesa trabajando para mí!

—Quién sabe, si las cosas hubieran sido distintas... Podría haberme convertido en una si me hubiera casado con el hombre adecuado.

No quise confesar que estaba de broma, pero cuando miré a Mariam, todo empezó a encajar. Su aire circunspecto, su seguridad en sí misma, sus modales perfectos... Probablemente fueran cosas que solo podían proporcionar siglos y siglos de educación aristocrática.

—¿Y tú qué, Electra? ¿De dónde es tu familia?

—No tengo ni idea —respondí apurando mi copa de champán—. Fui adoptada de recién nacida.

—¿Y nunca has pensado en investigar tu pasado?

—No. ¿Qué sentido tiene mirar hacia atrás cuando no puedes cambiar el pasado? Yo solo miro hacia delante.

—Entonces más te vale no conocer a mi padre. —Sus ojos brillaron alegres—. Siempre está contando historias de la vida que llevaba con mis abuelos en Irán, y también de nuestros antepasados que vivieron hace muchos siglos. Son muy bonitas, a mí me encantaba escucharlas de pequeña.

—Sí, bueno, a mí me contaban los *Cuentos de los hermanos Grimm*, y en todos había una bruja malísima o un duende, y me asustaban una barbaridad.

—Nuestros cuentos también tienen personajes malvados, pero se llaman «genios». Hacen cosas terribles a las personas. —Tomó un sorbo de agua, mirándome por encima de la montura de sus gafas—. Papá siempre dice que nuestra historia es la alfombra que

pisamos y desde la que podemos echar a volar. Quizá un día quieras descubrir tu propia historia. Y ahora, ¿podemos repasar el programa que nos espera en París?

Al cabo de una hora, Mariam volvió a su asiento para pasar al ordenador las notas que había tomado durante nuestra charla. Yo recliné mi asiento y miré por la ventanilla. El cielo empezaba a oscurecerse, anunciando la noche europea. En algún lugar, bajo aquella oscuridad, estaba el hogar de mi familia, o al menos nuestro hogar, el de las criaturas dispersas que Pa había coleccionado, procedentes de todos los rincones del mundo.

A mí nunca me había importado que las hermanas no guardáramos un parentesco de sangre, pero escuchar a Mariam hablar de sus raíces —y ver cómo mantenía una tradición con siglos de antigüedad que no dudaba en recordar en un jet privado camino de París— casi me hacía sentir envidia.

Pensé en la carta de Pa, guardada en algún cajón de mi apartamento de Nueva York... Ni siquiera sabía en cuál. Como no la abrí, si se había perdido, nunca tendría ocasión de descubrir mi pasado. Tal vez «el Hoff» —así llamaba yo en privado al abogado de Pa— pudiera arrojar alguna luz sobre el asunto... Y recordé que además estaban aquellos números de la esfera armilar que Ally decía que podían señalar con precisión el punto del que era originaria cada una de nosotras. De repente tuve la sensación de que la cosa más importante del mundo era encontrar la carta de Pa, casi tanto como para pedir al piloto que diera media vuelta con el único fin de que pudiera revolver todos los cajones para encontrarla. En su momento, cuando regresé a Nueva York después del cuasi funeral que se organizó, estaba tan enfadada que no quise saber nada, pues parece ser que Pa había decidido que lo enterrarán en el mar antes de que llegáramos a Atlantis.

«¿Por qué estabas enfadada, Electra?»

Las palabras de la psicoterapeuta resonaban en mis oídos. Lo cierto era que no conocía la respuesta. Por lo visto siempre estaba enfadada, desde que aprendí a andar y a hablar, y antes incluso. A mis hermanas les encantaba contarme que, de niña, en casa siempre estaba pegando gritos, y las cosas no habían mejorado mucho a medida que fui creciendo. Desde luego, no podía echar la culpa a mi educación, que podía decirse que había sido perfecta, aunque



bastante rara, dado que todas éramos adoptadas y las fotos de familia recordaban a un anuncio de Gap debido a nuestras diferentes etnias. Cuando alguna vez le pregunté a Pa al respecto, su respuesta siempre fue que nos había escogido a todas especialmente para que fuéramos hijas suyas, y parece que eso había apaciguado a mis hermanas, pero no a mí. Yo quería saber por qué. Ahora que Pa estaba muerto, mis oportunidades de descubrirlo eran nulas.

—Falta una hora para que aterricemos, señorita D'Aplièse —dijo la azafata al tiempo que rellenaba mi copa—. ¿Puedo traerle alguna otra cosa?

—No, gracias.

Cerré los ojos con la esperanza de que mi contacto en París cumpliera su palabra y me llevara al hotel lo que necesitaba, pues estaba desesperada por meterme una raya. Cuando estaba limpia, mi cerebro empezaba a funcionar y me ponía a pensar en Pa, en mis hermanas, en mi vida... Y no me sentía cómoda haciéndolo. En cualquier caso, en ese momento desde luego que no.

Para variar, disfruté de la sesión fotográfica. La primavera en París —al menos cuando salía el sol— era realmente hermosa, y si tenía la sensación de pertenecer a alguna ciudad era a esta. Estábamos en el Jardin des Plantes, inundado de cerezos en flor, de iris y peonias, y todo resultaba alegre y fresco. A ello también contribuía el hecho de que el fotógrafo me gustaba. Acabamos bastante antes de lo previsto y la química que se había establecido entre nosotros continuó aquella tarde en la habitación de mi hotel.

—¿Qué haces viviendo en Nueva York? —me preguntó Maxime en francés. Tumbados en la cama, bebíamos té en unas delicadas tazas de porcelana; luego aprovechamos la bandeja para meternos una raya—. Tienes alma de europea.

—En realidad no estoy muy segura, ¿sabes? —Suspiré—. Allí está Susie, mi agente, y es lógico que esté cerca de ella.

—¿Quieres decir tu *maman* en el mundo de las modelos? —bromeó—. Ya eres mayor, Electra, y puedes tomar tus propias decisiones. Vente a vivir aquí y podremos hacer esto más a menudo —dijo mientras salía a gatas de la cama y desaparecía en el baño, dispuesto a darse una ducha.

Cuando me asomé a la ventana y contemplé la plaza Vendôme, que estaba atestada de turistas y gente echando un vistazo a las tiendas elegantes, pensé en lo que había dicho Maxime. Él tenía razón: yo podía vivir en cualquier sitio; de todas formas, no importaba gran cosa, pues me pasaba la mayor parte de mi vida viajando.

—¿Dónde está mi casa? —susurré, sintiéndome de pronto desinflada ante la idea de regresar a Nueva York y a mi apartamento sin alma, lleno de eco.

Llevada por un impulso, cogí el móvil y llamé a Mariam.

—¿Tengo algo que hacer mañana en Nueva York?

—Tienes una cena a las siete con Thomas Allebach, el director de marketing de la marca de perfumes con la que tienes contrato —respondió de inmediato.

—Bien.

Thomas y yo habíamos aprovechado algún que otro tiempo muerto para pasar un rato agradable durante los últimos meses, después de que Mitch me dejara, pero no me entusiasmaba.

—¿Y el domingo?

—No hay nada en la agenda.

—Estupendo. Cancela la cena con Thomas. Dile que la sesión de fotos aquí va a durar más de la cuenta o lo que sea; y luego cambia el vuelo de regreso al domingo a última hora y amplía la reserva del hotel otro par de noches. Quiero quedarme en París un poco más.

—Perfecto. Es una ciudad maravillosa. Te lo confirmo todo en cuanto esté.

—Gracias, Mariam.

—Sin problema.

—Me voy a quedar más tiempo —le dije a Maxime cuando salió de la ducha.

—¡Qué lástima! Porque estaré fuera de la ciudad el fin de semana. De haberlo sabido...

—¡Oh! —Intenté no mostrar mi decepción—. Bueno, no tardaré en volver.

—Avísame cuando vengas, ¿vale? —dijo mientras se vestía—. Lo cancelaré si pudiera, pero es la boda de un amigo. Lo siento, Electra.

—Me quedo por la ciudad, no por ti —respondí con una sonrisa forzada.

—Y la ciudad te quiere como te quiero yo. —Depositó un beso en mi frente—. Que pases un fin de semana maravilloso. Estaremos en contacto.

—Claro.

Cuando se marchó, me preparé una raya para animarme y pensé qué me apetecía hacer en París. Pero, como en cualquier otra gran ciudad, en cuanto saliera por la puerta del Ritz alguien me reconocería y en cuestión de minutos se enteraría la prensa y tendría a un séquito siguiéndome.

Alargué la mano hacia el móvil para llamar a Mariam y decirle que volviera al plan A cuando, como por arte de magia, sonó el teléfono.

—¿Electra? Soy Mariam. Es solo para que sepas que el vuelo de vuelta a Nueva York está aplazado al domingo por la noche y que he reservado tu suite para dos días más.

—Gracias.

—¿Deseas que te haga una reserva en algún restaurante?

—No, es que... —Por alguna razón, se me saltaron las lágrimas.

—¿Estás bien, Electra?

—Sí, estupendamente.

—¿Estás... ocupada en este momento?

—No, no, para nada.

—Entonces ¿puedo pasarme a verte? Hay un par de contratos que me ha enviado Susie hoy y que tendrías que firmar.

—Claro, genial.

Unos minutos más tarde llegó Mariam, esparciendo a su paso su adorable perfume por toda la habitación. Firmé los contratos y luego me puse a mirar por la ventana, contrariada al ver que se me echaba encima el anochecer parisino.

—Bueno, ¿y qué planes tienes para esta noche? —me preguntó.

—No tengo ningún plan. ¿Y tú?

—Un baño, meterme en la cama y leer un buen libro.

—O sea, me gustaría salir... visitar el café en el que trabajé de camarera y comer algo normal como una persona normal..., pero no tengo ganas de que me reconozcan.

—Comprendo. —Se me quedó mirando unos segundos y luego se levantó—. Tengo una idea. Espera aquí.

Salió de la habitación y al cabo de unos minutos ya estaba de vuelta con un pañuelo en las manos.

—¿Te lo puedo probar? A ver cómo te queda...

—¿Quieres decir... en los hombros?

—No, Electra, en la cabeza, como yo. La gente suele guardar las distancias con una mujer con hiyab. Ese es en parte el motivo por el que muchas mujeres de nuestra religión prefieren llevarlo. ¿Probamos?

—Vale. Quizá sea el único recurso que no he probado nunca —respondí soltando una risita.

Me senté en el borde de la cama, Mariam me anudó el pañuelo a la cabeza con destreza, colocó los extremos sobre mis hombros y lo sujetó con alfileres.

—Ya está, mira —dijo señalando el espejo.

Me miré y apenas pude dar crédito a lo que veía. ¡Menudo cambio! Ni yo misma me reconocía.

—Está bien, está muy bien, pero poco podemos hacer con el resto de mi persona, ¿no?

—¿Has traído unos pantalones oscuros o unos leggings?

—Solo los pantalones de chándal negros que me puse en el viaje.

—Pueden servir. Póntelos mientras salgo y busco alguna otra cosa.

Así lo hice, y Mariam enseguida estuvo de vuelta con una prenda de vestir bajo el brazo. La desplegó y comprobé que era un vestidito de manga larga de algodón con estampado de flores.

—Me traje esto por si íbamos a algún sitio elegante. Lo guardo para ocasiones especiales, pero te lo presto.

—Dudo que me quede bien.

—No somos tan diferentes de arriba. Y aunque yo lo llevo como vestido, creo que a ti te quedaría bien como blusón. Pruébátelo —me dijo con insistencia.

Hice lo que me pidió y vi que tenía razón. El vestido me estaba bien de talla y me llegaba hasta mitad de los muslos.

—¡Ya está! Ahora nadie te reconocerá. Eres una musulmana.

—¿Y mis pies? Solo tengo unos Louboutin y unos Chanel de tacón medio.

—Ponte las zapatillas de deporte que llevabas durante el vuelo. —Señaló mi maleta—. ¿Puedo?

—Adelante —dije mirando en el espejo el personaje en el que me había convertido. Con el pañuelo en la cabeza y el sencillo

vestido de algodón que camuflaba a la top model, se necesitaban ojos de lince para adivinar quién era.

—Ya está —dijo Mariam cuando me puse las zapatillas—. La transformación es completa. Solo una cosa más... ¿Puedo echar un vistazo en tu neceser de maquillaje?

—Vale.

—Eso es, nos falta un poco de kohl alrededor de los ojos. Ciérralos, por favor.

Cerré los ojos y me remonté a la época en que las hermanas estábamos en el barco de Pa durante el crucero que hacíamos cada verano y salíamos a cenar en cualquier puerto en el que hubiéramos atracado. Como por aquel entonces era demasiado joven para maquillarme, permanecía sentada en la cama observando cómo Maia ayudaba a Ally a pintarse.

—¡Tu piel es tan hermosa! —comentó Mariam dando un suspiro—. Literalmente brilla. ¡Ya está! Seguro que nadie te molestará esta noche.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida. Pero podemos comprobar si funciona el disfraz abajo, cuando atravesemos la recepción. ¿Lista para salir?

—Sí, ¿por qué no?

Fui a coger mi bolso grande de Louis Vuitton, pero Mariam me detuvo.

—Mete lo que necesites en mi bandolera —dijo tendiéndome su bolso de colgar al hombro, de piel artificial—. ¿Lista?

—Lista.

En el ascensor, aunque subieron tres personas con nosotras, nadie se inmutó al verme. Cruzamos el vestíbulo y el portero nos miró, pero inmediatamente volvió a dirigir la atención a su ordenador.

—¡Uau! Christophe me conoce desde hace años —susurré a Mariam cuando salimos al ver que llamaba al portero.

—Necesitamos un taxi para ir a Montmartre —le dijo en un francés más que pasable.

—*D'accord, mademoiselle*, pero hay cola, así que a lo mejor tarda diez minutos.

—Vale, esperaremos.

—Ni me acuerdo de la última vez que hice cola para coger un taxi —murmuré.

—Bienvenida al mundo real, Electra —dijo Mariam con una sonrisa—. Mira, ya está aquí.

Veinte minutos después, nos sentábamos a una mesa del café en el que había estado trabajando. No era una mesa muy buena: estábamos empotradas entre otras dos, de modo que podía oír palabra por palabra las conversaciones de nuestros vecinos. Yo no dejaba de levantar la vista y mirar a George, el que me había dado el empleo como camarera hacía diez años, pero él, de pie detrás de la barra, nunca volvía la cabeza hacia donde yo estaba.

—Bueno, ¿qué tal sienta ser invisible de nuevo? —me preguntó Mariam después de que me oyera pedir media jarra de vino de la casa.

—No estoy segura. Me siento rara, desde luego.

—Pero ¿a que resulta liberador?

—Sí. O sea, he disfrutado andando por la calle sin que nadie se fijara en mí, aunque todo tiene sus pros y sus contras, ¿no?

—Sí, desde luego, pero me imagino que antes de que fueras famosa también era habitual que te miraran.

—Supongo que sí, claro, pero nunca supe si la gente me miraba con simpatía o más bien porque... bueno... ¡porque parezco una jirafa negra!

—Me figuro que era porque eres muy guapa, Electra. En cambio a mí, sobre todo después del 11-S, me tratan con desconfianza vaya a donde vaya. Todo musulmán es un terrorista, ya sabes...

—Sonrió con amargura mientras tomaba un sorbo de agua.

—Desde luego, debe de ser difícil para vosotros.

—Lo es. En cualquier régimen político o religioso, todas las personas que van por la calle simplemente desean vivir en paz. Por desgracia, a menudo me juzgan por mi forma de vestir antes incluso de que abra la boca.

—¿Sales alguna vez vestida de otra manera?

—No, aunque mi padre me dijo que me quitara el hiyab cuando buscara trabajo; pensaba que quizá me restara oportunidades.

—Tal vez deberías probarlo, convertirte en otra persona durante unas horas, igual que he hecho yo esta noche. Quizá resulte liberador también para ti.

—Puede, pero soy feliz como soy. En fin, ¿pedimos algo?

Mariam pidió en francés.

—¡Cuántos talentos ocultos! —comenté en tono de broma—. ¿Dónde aprendiste a hablar tan bien francés?

—Lo estudié en la escuela y luego me solté cuando estuve trabajando para Bardin... Creo que es necesario en el mundo de la moda. Y supongo que tengo oído para los idiomas. Me he fijado en que sueñas muy distinta hablando francés a cuando lo haces en inglés, como si fueras otra persona.

—¿Qué quieres decir? —pregunté recelosa.

—No lo digo en mal sentido —continuó Mariam como disculpándose—. Eres más informal en inglés..., quizá porque tu acento tiene un tono americano. En francés sueñas más... sería, no sé por qué.

—Mis hermanas se partirían de risa si te oyeran —dije con una sonrisa burlona.

Mientras tomábamos unos *moules marinières* y ese pan tierno y crujiente que solo saben hacer los franceses, animé a Mariam a que me hablara de su familia. Evidentemente adoraba a sus hermanos, y sentí envidia al ver el cariño que irradiaban sus ojos.

—No puedo creerme que mi hermanita vaya a casarse el año que viene. Mis padres no paran de llamarme «solterona» —comentó sonriendo mientras devorábamos de postre una *tarte Tatin*. Ya me había puesto de acuerdo conmigo misma en que me quitaría todas esas calorías extra al día siguiente en el gimnasio del hotel.

—¿Crees que te casarás algún día? —le pregunté.

—No sé. Desde luego, todavía no estoy lista para echar raíces. O quizá sea que aún no he encontrado al «hombre de mi vida». Si no te importa que te pregunte, ¿tú qué tal? ¿Te has enamorado alguna vez?

Para variar, no me importó que me preguntaran. Aquella noche éramos simplemente dos mujeres jóvenes charlando durante una cena.

—Sí, y no creo que vuelva a enamorarme.

—¿Acabó mal?

—Desde luego —dije con un hilo de voz—. Me partió el corazón. Me dejó hecha una mierda. Pero, bueno, esas cosas le pasan a todo el mundo, ¿no?

—Habrá otro hombre para ti, Electra. Sé que lo habrá.

—Te pareces a mi hermana Tiggy. Es muy espiritual y siempre dice cosas así.

—Bueno, quizá tenga razón, y quizá yo también la tenga. Hay alguien para cada uno, de verdad que lo creo.

—Pero la pregunta es: ¿lo encontraremos algún día? El mundo es muy grande, ¿sabes?

—Es cierto —reconoció Mariam reprimiendo un bostezo—. Disculpa, no he dormido bien esta noche. No me ha sentado bien el jet lag.

—Pediré la cuenta. —Agité el brazo para avisar al camarero e indicarle que viniera. Pero él pasó de mí por completo—. ¿Cómo se puede ser tan grosero? —dije irritada, ya que cinco minutos después seguía pasando de nosotras.

—Está ocupado, Electra. Ya vendrá cuando tenga tiempo. La paciencia es una virtud, ¿sabes?

—Una virtud que nunca he tenido —musité, intentando controlar mi enfado.

—Bueno —dijo Mariam cuando por fin salimos del restaurante, una vez que el camarero decidió hacernos el favor de atendernos—, esta noche he aprendido que no te gusta que pasen de ti.

—Tienes toda la razón. En una familia de seis hermanas, tenías que gritar para que te oyeran. Y eso fue lo que hice —dije riendo entre dientes.

—A ver si encontramos un taxi que nos lleve al hotel...

Apenas entendí lo que dijo, pues mi atención se había centrado en un hombre que estaba sentado solo en una de las mesas de la terraza tomando un coñac.

—¡Oh, Dios mío! —Suspiré.

—¿Qué pasa?

—El tío ese de ahí. Lo conozco. Trabaja para mi familia.

Me dirigí a la mesa. El hombre no levantó la vista y me vio hasta que me tuvo prácticamente encima.

—¿Christian?

Se me quedó mirando y vi confusión en su rostro.

—*Pardon, mademoiselle*, ¿la conozco? —me preguntó.

Me incliné hacia él para susurrarle al oído.

—¡Por supuesto que me conoces, idiota! ¡Soy yo, Electra!

—*Mon Dieu!* ¡Por supuesto que eres tú, Electra! Mi...



—¡Chiss! ¡Voy disfrazada!

—Bueno, desde luego es un disfraz excelente, pero ya veo que eres tú.

Me di cuenta de que Mariam estaba detrás de mí.

—Mariam, este es Christian, y es..., bueno, de la familia, supongo. —Le sonreí antes de añadir—: ¿Te molesta que nos sentemos y tomemos una copa? ¡Menuda coincidencia encontrarte aquí!

—Si me disculpáis, yo me vuelvo al hotel —dijo Mariam—. De lo contrario, me quedaré dormida de pie. Encantada de conocerte, Christian. *Bonne soirée!* —añadió con una inclinación de cabeza antes de dar media vuelta y desaparecer entre la multitud que caminaba por aquella concurrida calle de Montmartre.

—¿Puedo sentarme contigo? —le pregunté.

—Por supuesto. Adelante, por favor. Te pediré un coñac.

Observé a Christian mientras hacía una seña a la joven camarera encargada de servir las mesas de la terraza. Yo estaba loca por él cuando era una chiquilla; al fin y al cabo, era el único tío por debajo de los treinta con el que había tenido contacto en Atlantis. Diez años después no parecía muy cambiado, y me sorprendió no saber qué edad tenía en realidad. O, mejor dicho, me sorprendió —tuve que reconocer abochornada— no tener ni la menor idea de quién era.

—Vaya —dije—, ¿qué haces por aquí?

—Bueno..., he venido a visitar a un viejo amigo.

—Ya. —Asentí, y una fuerte sensación de que mentía se apoderó de mí—. ¿Sabes? Fue Ma la que me encontró alojamiento a unas cuantas manzanas de aquí cuando vine por primera vez a París. Estuve trabajando justo en este café. Ahora parece que haya pasado mucho tiempo.

—Ha pasado mucho tiempo, Electra. Casi diez años. ¡Ah, aquí está tu coñac! *Santé!*

—*Santé!* —Brindé con él y los dos tomamos un buen trago.

—¿Y puedo preguntarte qué haces disfrazada por las calles de Montmartre?

—Mariam, la chica que acabas de conocer, es mi asistente personal. Me oyó lamentarme de que no podía ir a ninguna parte sin que me reconocieran, así que me disfrazó y salimos a cenar juntas.

—¿Y disfrutaste de no ser tú?

—Si te soy sincera, no estoy segura. Desde luego tiene sus ventajas.... Tú y yo no podríamos estar aquí charlando sin que nos molestaran si no estuviera disfrazada, pero al mismo tiempo resulta irritante que la gente pase de ti.

—Sí, estoy seguro de que lo es. Bueno... —Christian tomó otro sorbo de coñac—. ¿Y cómo estás?

—Estoy bien —comenté encogiéndome de hombros—. ¿Qué tal está Ma? ¿Y Claudia?

—Están bien, sí. Las dos gozan de buena salud.

—A menudo me pregunto qué es de ellas, ahora que todas nos hemos ido y Pa también.

—No te preocupes por eso, Electra. Siguen estando muy atareadas.

—¿Y qué es de ti?

—Siempre hay mucho que hacer en la finca, y es raro que pase un mes sin que tengamos la visita de una o varias de tus hermanas. Ally está ahora en Atlantis con su precioso hijo, Bear.

—Ma estará en la gloria.

—Creo que sí, en efecto. —Christian me dirigió una sonrisa extraña y añadió—: Bear es el primero de la siguiente generación. Marina vuelve a sentirse necesaria y la verdad es que es muy bonito verla feliz.

—¿Cómo es Bear? Quiero decir... mi sobrino —añadí, sorprendida al oírme pronunciar aquella palabra.

—Es perfecto, como todos los recién nacidos.

—¿Llora, berrea a veces? —le tanteé. Técnicamente Christian era mi empleado, y de mis hermanas, pero aquella noche tanta deferencia por su parte me molestaba.

—¡Oh, sí, a veces! Pero ¿qué criatura no lo hace?

—¿Te acuerdas de cuando yo vivía en casa?

—Por supuesto que me acuerdo, claro.

—Quiero decir cuando era una recién nacida.

—Cuando tú eras una recién nacida, yo solo tenía nueve años, Electra.

«¡Ah! O sea que Christian tiene unos treinta y cinco...»

—Pero yo te recuerdo pilotando el barco, y yo entonces era muy pequeña.

—Sí, pero tu padre estaba allí para asegurarse de que tenía la pericia suficiente para llevarlo yo solo.

—¡Oh, Dios mío! —Me tapé la boca con la mano cuando me vino a la memoria cierto suceso—. ¿Recuerdas cuando yo tenía unos trece años y me escapé del colegio y me fui a Atlantis? Y luego Pa me dijo que tenía que volver y por lo menos intentar acostumbrarme a la escuela, porque no le había dado ni la más mínima oportunidad. Pero yo no quería volver allí de ninguna manera, así que salté del barco en medio del lago de Ginebra con la intención de llegar a nado hasta la orilla.

Los cálidos ojos marrones de Christian me demostraron que se acordaba de todo.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Por poco te ahogas. Ni siquiera se te ocurrió quitarte el abrigo antes de tirarte al agua, y te hundiste. Durante un instante no podía encontrarte... —Sacudió la cabeza y añadió—: Fue uno de los peores momentos de mi vida. Si te hubiera perdido...

—Pa se habría vuelto loco, desde luego —dije para aligerar un poco el ambiente, porque Christian parecía a punto de echarse a llorar.

—No me lo habría perdonado nunca, Electra.

—Bueno, al menos el truco funcionó en parte. No me obligó a volver al colegio durante unos días.

—No.

—Bueno, ¿y cuánto tiempo piensas quedarte en París?

—Me voy mañana. ¿Y tú?

—El domingo por la noche. He cambiado el vuelo esta misma tarde, pero luego el chico con el que había ligado me ha dejado plantada —comenté encogiéndome de hombros.

—Entonces deberías volver conmigo a Atlantis y conocer a tu sobrino. Tengo el coche aquí. Todos estarían muy contentos de verte.

—¿Tú crees? —Meneé la cabeza—. Yo no estoy tan segura.

—¿Por qué dices eso? Marina y Claudia hablan de ti a todas horas. Tienen un álbum con todas tus fotos de modelo.

—¿Ah, sí? ¡Qué monas! Tal vez en otra ocasión.

—Si cambias de idea... Tienes mi número, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. —Sonreí—. Lo tengo grabado en el cerebro. Cuando las cosas se ponían feas en el colegio, sabía que no tardarías en aparecer dispuesto a rescatarme.

—Debería volver a casa. Salgo mañana por la mañana a primera hora. —Christian pidió la cuenta con un gesto de la mano.

—¿Dónde te alojas? —le pregunté.

—En el mismo edificio en el que te alojabas tú. Una amiga de Marina es la dueña.

—¿De verdad? Eso no lo sabía.

Un recuerdo fugaz de mi casera de París, una anciana en cuyo rostro se veían las huellas de toda una vida de absenta y cigarrillos, me vino a la memoria.

—En serio —dijo Christian poniéndose en pie—, si cambias de idea, házmelo saber. Salgo a las siete de la mañana. Y ahora, permíteme que te busque un taxi.

Mientras íbamos caminando, disfruté de que Christian fuera al menos tan alto como yo. Además estaba en buena forma, y su torso musculado se dibujaba por debajo de su camisa blanca. Cuando el taxi bajó la bandera a una señal suya, por alguna razón absurda tuve la misma sensación que solía experimentar cada vez que me dejaba en la escuela y lo veía marcharse en el coche, cuando solo deseaba irme con él.

—¿Dónde te alojas, Electra?

—En el Ritz —dije mientras me acomodaba en el asiento trasero del taxi.

—Bueno, ha sido un placer encontrarte. Cuídate, ¿lo harás?

—Por supuesto —contesté desde la ventanilla cuando el taxi se puso en marcha.

Una vez en la cama media hora después, me di cuenta de repente de que no me había metido una raya desde por la tarde, cuando estaba con Maxime, y aquello me hizo sentir realmente bien.

Para mi disgusto, me desperté a las cinco de la madrugada y, aunque tomé una pastilla para dormir, mi cerebro se negó a apagarse. Así que ahí estaba, tumbada en la cama pensando en el fin de semana en blanco que me aguardaba en París mientras repasaba la lista de contactos de mi móvil por si encontraba algún compañero de juegos que me mantuviera ocupada. Me di cuenta de que en realidad no había nadie a quien deseara ver, porque habría tenido que

hacer un esfuerzo para ser Electra la Supermodelo, y lo que yo quería era un poco de tranquilidad.

«Pero no un poco de tranquilidad yo sola...», dije para mis adentros mientras contemplaba cómo los números luminosos del reloj situado junto a la cabecera de la cama avanzaban con una lentitud angustiada hacia las seis de la mañana.

Entonces pensé en Atlantis, donde estaban Ma y Claudia, y en que podría andar por la casa y los jardines vestida con los viejos pantalones de chándal que todavía guardaba en el cajón inferior de la cómoda de mi dormitorio, y en que no tendría necesidad de hacer ningún esfuerzo para ser yo misma...

Antes de que tuviera tiempo de cambiar de idea, marqué el número de Christian.

—Buenos días, Electra.

—Hola, Christian. Estaba pensando que sí, que me gustaría volver contigo a Atlantis.

—¡Qué buena noticia! Marina y Claudia se pondrán contentísimas. ¿Te recojo en el Ritz dentro de una hora?

—Estupendo, gracias.

A continuación, envié un mensaje a Mariam.

Estás despierta?

Sí. ¿Qué necesitas?

Llámame

Le expliqué que iba a regresar a Estados Unidos desde Ginebra y no desde París.

—No hay problema, Electra. ¿Necesitas que te reserve un hotel?

—No. Voy a casa, a ver a mi familia.

—¡Fantástico! —exclamó, con tanto entusiasmo que me la imaginé sonriendo—. Te llamaré tan pronto como tenga todas las confirmaciones.

—¿Y tú qué, Mariam? —dije al darme cuenta de que iba a dejarla en París y a obligarla a que se las arreglara sola—. ¿Te va bien quedarte en París? Puedes cargar a mi tarjeta un billete de vuelta a casa esta misma tarde sin problema, si lo prefieres.

—No, Electra, estoy muy bien aquí. Tenía pensado visitar a Bardin esta tarde, si a ti te venía bien, así que haré los ajustes necesarios y me reuniré contigo en el aeropuerto de Ginebra mañana por la noche.

Me metí una raya de la bolsita que Maxime me había dejado, luego lo guardé todo en la maleta y en la bolsa de viaje antes de pedir que me subieran una selección de bollería francesa y un plato de fruta para sentirme mejor por la sobrecarga de hidratos de carbono. Después de desayunar, llamé al botones. Me calé las grandes gafas de sol negras (CeCe me dijo en cierta ocasión que con ellas parecía un moscardón) y seguí al botones que llevaba mis maletas hasta la calle, donde me aguardaba Christian con su Mercedes. Cuando me saludó y me abrió la puerta trasera, sacudí la cabeza y dije:

—Prefiero ir en el asiento de delante, si no te importa.

—En absoluto —contestó al tiempo que venía a abrir la puerta del copiloto.

Una vez sentada, lo primero que percibí fue el reconfortante olor del cuero, la fragancia del ambientador y el inequívoco perfume de limón de Pa. Llevaba montando en los coches de la familia desde que era pequeña, y el olor no había cambiado, aunque Pa ya había desaparecido. Para mí aquel aroma llevaba implícito el hogar y la seguridad, y si hubiera podido meterlo en un frasco lo habría hecho.

—¿Tienes todo lo que necesitas, Electra? —me preguntó Christian mientras encendía el motor.

—Sí, gracias.

—El viaje dura unas cinco horas más o menos —me anunció cuando nos alejábamos del Ritz.

—¿Has dicho a Ma que voy?

—Sí, claro. Me ha preguntado si tenías alguna necesidad dietética especial.

—Pues...

Recordé que la última vez que estuve en casa me encontraba en plena cura de desintoxicación y bebía té verde a cubos. Fui con Mitch, que estaba tan limpio que refulgía, pero yo me había llevado una botella de vodka de emergencia por si recaía. Cosa que sucedió, aunque tenía su explicación, pues era la primera

vez que estaba en Atlantis sin Pa... en aquel velatorio sin funeral.

—¿Te encuentras bien, Electra?

—Estupendamente, gracias. Christian...

—¿Sí?

—¿Llevabas a Pa en el coche a muchos sitios?

—No. En realidad, no. Casi siempre al aeropuerto de Ginebra, donde cogía su jet privado.

—¿Llegaste a saber adónde iba?

—A veces, sí.

—¿Y adónde iba?

—¡Oh, a muchos destinos diferentes, por todo el mundo!

—¿Sabes qué hacía exactamente?

—No tengo ni idea, Electra. Era un hombre muy reservado.

—Y mucho más que eso —añadí con un suspiro—. ¿No te parece un poco extraño que ninguno de nosotros lo sepa? Los niños dicen que su padre es tendero o abogado, pero yo no podía decir nada porque no tenía ni la menor idea.

Christian permanecía en silencio, con los ojos fijos en la carretera. Como chófer de la familia, encargado tanto de conducir el coche como de pilotar el barco, era imposible no pensar que sabía más de lo que decía.

—¿Sabes una cosa?

—No hasta que me la digas, Electra —respondió esbozando una sonrisa.

—Cuando tenía aquellos líos en el colegio y tú venías a recogerme, tú y tu coche os convertíais en mi lugar seguro.

—¿Y qué es un lugar seguro?

—Oh, es un término psiquiátrico para designar un sitio en el que puedes estar en tu imaginación o una realidad recordada que te hace feliz. A menudo soñaba contigo y con que venías a sacarme de allí.

—Pues me siento muy honrado.

Esta vez Christian me dedicó una sonrisa de verdad.

—¿Solicitaste el empleo a Pa? —intenté sonsacarle de nuevo.

—Tu padre me conocía de cuando era un crío. Yo vivía... en la zona, y me ayudó mucho; y también a mi madre.

—¿Quieres decir que fue una figura paterna para ti?

—Sí —admitió Christian después de una pausa—. Lo fue.

—Entonces ¡quizá seas tú la misteriosa séptima hermana! —solte echándome a reír.

—Tu padre era un hombre muy amable y la suya ha sido una gran pérdida para todos nosotros.

«¿Pa era amable o controlador? ¿O las dos cosas a la vez?», pensé mientras nos alejábamos de los suburbios de París y cogíamos la autopista de Ginebra. Me recosté en el asiento y cerré los ojos.



**E**lectra, estamos en el embarcadero —me susurró una voz suave.

Una luz brillante hizo que volviera en mí y empecé a parpadear, entonces me di cuenta de que era el reflejo del sol en la superficie espejada del lago de Ginebra.

—¡He dormido cuatro horas de un tirón! —exclamé sorprendida mientras salía del coche—. Ya te dije que eras mi lugar seguro. —Sonreí cuando abrió el maletero—. Solo necesito la bolsa de viaje; puedes dejar ahí lo demás hasta mañana.

Christian cerró el coche y luego echó a andar delante de mí en dirección al pontón en el que estaba amarrada la lancha motora. Me ofreció la mano para ayudarme a subir a bordo y a continuación se puso con los preparativos para que pudiéramos partir; yo me acomodé en el mullido banco de piel que había en la popa. Me puse a pensar en que, de camino a Atlantis, siempre sentía una gran excitación ante la perspectiva de la llegada. Y que luego, al abandonar la casa, solía sentirme aliviada por mi marcha.

«Tal vez esta vez sea distinto», me dije, y solté un suspiro porque siempre pensaba eso.

Christian puso en marcha el motor e iniciamos el breve viaje a la casa de mi infancia. Para estar a finales de marzo, hacía bastante calor y disfruté de la sensación del sol en mi rostro mientras mi pelo ondeaba con el viento.

Al acercarnos a la península sobre la que se levantaba Atlantis, estiré el cuello para ver la casa a través de los árboles. Era una casa espectacular que recordaba un poco a un castillo de Disney por su belleza. «Y muy distinta a Pa», pensé. En su armario siem-

pre había muy poca ropa; que yo recordara, solo le había visto llevar tres chaquetas: una de lino en verano, una de tweed en invierno y otra de un tejido indeterminado que se ponía en entretiem-  
po. Su dormitorio tenía tan pocos muebles que parecía la celda de un monje. Me llegué a preguntar si estaba haciendo penitencia en secreto por algún crimen que hubiera cometido en el pasado, pero bueno, eso daba igual... La lancha se estaba aproximando a Atlantis y pensé que el ropero y el dormitorio de Pa constituían sin duda una paradoja en comparación con el resto de la casa.

Ma ya estaba allí, de pie, esperándome y saludando entusiasmada con la mano. Iba impecable, como siempre, y me fijé en que llevaba la falda de rizo de Chanel que yo había escamoteado de un muestrario porque estaba convencida de que le iba a encantar.

—¡Electra! *Chérie*, ¡qué sorpresa tan inesperada! —exclamó mientras se ponía de puntillas y yo me inclinaba para que pudiera abrazarme y besarme en las dos mejillas.

Entonces dio unos pasos atrás para verme mejor.

—Tan guapa como siempre, pero me parece que estás demasiado delgada. No importa, Claudia tiene los ingredientes necesarios para hacerte tortitas de arándanos, tus favoritas. ¿Sabías que Ally está aquí con su bebé?

—Sí, Christian me lo comentó. Me muero de ganas de conocer a mi sobrinito —dije mientras la seguía por el sendero que, a través de los jardines, comunicaba la casa con el lago.

El olor a hierba y a las plantas que empezaban a brotar resultaba increíblemente refrescante en comparación con el hedor de Nueva York. Aspiré una bocanada de aire puro que me llegó a lo más hondo de los pulmones.

—Pasa a la cocina —dijo Ma—. Claudia ya está preparando el brunch.

Ví que Christian nos seguía, cerrando la comitiva. En cuanto dejó mi bolsa de viaje a los pies de la escalera, me acerqué a él.

—Gracias por traerme. Me alegro mucho de haber venido.

—De nada, Electra. ¿A qué hora quieres que nos vayamos mañana al aeropuerto?

—A eso de las diez de la noche. Mi asistente personal ha reservado billete para el avión de las doce.

—Vale. Si hay algún cambio, díselo a Marina y ella se encargará de avisarme.

—Así lo haré. ¡Buen fin de semana!

—Igualmente.

Saludó con la cabeza y desapareció por la puerta principal.

—¡Electra!

Me volví y vi a Ally, que venía desde la cocina con los brazos abiertos.

—¡Hola, mamá novata! —exclamé cuando me abrazó—. ¡Felicidades!

—¡Gracias! Aún no puedo creer que sea madre.

Pensé, un poquito celosa, que tenía un aspecto formidable. Su rostro anguloso se había suavizado debido a algún que otro kilo ganado en el embarazo, y su espléndida melena entre dorada y rojiza brillaba como una aureola en contraste con su cutis de porcelana.

—¡Tienes un aspecto magnífico! —exclamé.

—¡Qué dices! He engordado ocho kilos y por ahora no parece que vaya a perderlos. Además, apenas duermo un par de horas por la noche. Tengo a un hombrecito muy hambriento en mi cama —contestó entre risas.

—¿Dónde está?

—Durmiendo todo lo que no ha dormido esta noche, por supuesto.

Ally levantó una ceja en señal de frustración, pero nunca la había visto tan feliz.

—Al menos nos dará un respiro para hablar un poco —añadió mientras nos dirigíamos a la cocina—. Hoy estaba pensando que no te veía desde el pasado junio, cuando nos reunimos todos aquí tras la muerte de Pa.

—No... bueno... he estado ocupada.

—Intento saber de ti y de tu vida por los periódicos y las revistas, pero...

—¡Hola, Electra! —me saludó Claudia en francés con su fuerte acento alemán—. ¿Cómo estás?

En aquellos momentos estaba a punto de verter la mezcla de las tortitas en una sartén y oí un tentador chisporroteo.

—Estoy bien, gracias.

—Ven, siéntate y cuéntame todo lo que has hecho desde la última vez que te vi —dijo Ally señalando una de las sillas que estaban alrededor de la mesa alargada.

—Enseguida, pero antes déjame que vaya arriba a refrescarme un poco.

Di media vuelta, salí de la cocina y de repente tuve una sensación de pánico. Sabía lo mucho que le gustaba a Ally someternos a todas a un interrogatorio, pero no estaba segura de si estaba preparada para eso en aquellos momentos.

Cogí mi bolsa de viaje, subí por la escalera hasta el ático —que en realidad no era un ático sino un piso espacioso en el que se encontraban nuestros dormitorios— y abrí la puerta de mi cuarto. Me pareció que todo estaba tal y como lo había dejado cuando me marché a vivir a París siendo todavía una adolescente. Miré las paredes, pintadas del mismo color crema claro, y me senté en mi cama. Comparadas con las de las habitaciones de las otras chicas, que parecían reflejar la personalidad de cada una, las paredes de la mía estaban desnudas. No había ninguna pista de la persona que la había ocupado durante los primeros dieciséis años de su vida. No había pósters de modelos ni de estrellas del pop, ni de bailarines o bailarinas, ni de prodigios del deporte... No había nada que indicara quién era yo.

Rebusqué en mi bolsa de viaje, di con la botella de vodka que había envuelto en mis pantalones de deporte de cachemira y eché un buen trago. Aquella habitación expresaba todo lo que podía decirse de mí: que no era más que un cascarón vacío. No sentía —y no había sentido nunca— pasión por nada. Y mientras volvía a guardar la botella en su nido de cachemira y cogía la bolsita oculta en el compartimento delantero de mi bolsa de viaje para meterme una raya, pensé: «No sabía quién era entonces y no sé quién soy ahora».

Cuando empecé a bajar la escalera, el vodka ya había tenido un efecto tranquilizador en mí y la coca me había animado. En cuanto Ma, Ally y yo nos sentamos alrededor de la mesa para disfrutar de uno de los famosos brunchs de Claudia, hice lo que querían que hiciera y me puse a contarles cómo eran las elegantes fiestas a las

que había asistido y a cuántos famosos había conocido, dejando caer de vez en cuando algún cotilleo inocuo.

—¿Y qué pasa contigo y con Mitch? Leí en los periódicos que ya no estáis juntos. ¿Es cierto?

Sabía que llegaría ese momento; Ally era la suma sacerdotisa de los que van al grano.

—Sí, hace unos meses.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, ya sabes... —dije encogiéndome de hombros mientras bebía un sorbo de café muy caliente y echaba en falta que tuviera un chorrito de bourbon—. Él tenía que estar en Los Ángeles, yo en Nueva York, los dos viajábamos...

—¿De modo que no era «el hombre de tu vida»? —prosiguió Ally.

De repente se oyó un chirrido proveniente de algún rincón de la cocina y miré alrededor para averiguar qué era.

—Es el monitor del niño. Bear se ha despertado —dijo Ally suspirando.

—Voy yo —se ofreció Ma, pero Ally ya se había puesto de pie y con un suave gesto indicó a Ma que volviera a sentarse.

—Has estado de guardia desde las cinco de la mañana, querida Ma, ahora me toca a mí.

Aún no había conocido a mi nuevo sobrino, pero ya me parecía encantador. Me acababa de librar de Ally, la Gran Inquisidora.

—¿Y cómo es tu nuevo apartamento? —preguntó Ma cambiando de tema.

Si el tacto tuviera forma física, se parecería a mi madre adoptiva.

—Está bien —contesté—, pero el alquiler es solo para un año, de modo que es muy probable que pronto me ponga a buscar otro.

—Supongo que con tantos viajes no pasas mucho tiempo en casa...

—Así es, pero al menos tengo un lugar donde guardar toda mi ropa. ¡Oh, mira quién aparece por aquí!

Ally venía hacia la mesa con el niño en brazos, que tenía unos ojazos marrones de mirada burlona. Su pelo, de un tono rojizo oscuro, ya empezaba a rizarse por la parte de arriba de la cabeza.

—¡Este es Bear! —exclamó Ally, con esa mirada de mamá orgullosa brillándole en los ojos.

¿Y por qué no iban a brillarle? Cualquier mujer con la valentía de parir ya era una heroína en mi libro.

—¡Dios mío! Está para... ¡comérselo! ¿Qué tiempo tiene ya? —pregunté.

Ally se sentó y empezó a mecerle en su regazo.

—Siete semanas.

—¡Uau! ¡Está enorme!

—Eso es porque come muy bien —dijo Ally mientras se desabrochaba la blusa y colocaba al niño en la posición apropiada.

Bear empezó a succionar ruidosamente; entonces me estremecí.

—¿No duele cuando mama?

—Al principio, sí. Pero le hemos cogido el tranquilo, ¿verdad, cariño? —dijo mirándolo como yo suponía que a veces había mirado a Mitch. En otras palabras, con amor.

—Bueno, chicas, ahora os dejamos solas para que sigáis hablando. Luego nos vemos —exclamó Claudia cuando, después limpiarlo todo, salió de la cocina precedida por Ma.

—Siento muchísimo lo del padre de Bear, Ally.

—Gracias, Electra.

—¿Sabía él... sabía el padre...?

—Se llamaba Theo.

—¿Sabía Theo lo de Bear?

—No. Me enteré unas semanas después de su muerte. En aquel momento pensé que el mundo se me venía encima, pero ahora... —Ally me miró sonriendo y en sus ojos azul claro vi una satisfacción sincera—. No podría estar sin él.

—¿Consideraste la posibilidad de...?

—¿De abortar? Se me pasó por la cabeza, sí. Quiero decir, yo tenía mi carrera de regatista, el padre de Bear había muerto, y por aquel entonces tampoco tenía casa. Sin embargo, estoy segura de que no habría podido hacerlo. Creo que Bear fue un regalo. A veces, cuando me levanto de madrugada para darle de mamar, siento que Theo está conmigo.

—¿Te refieres a su espíritu?

—Sí, exacto.

—Nunca me habría imaginado que creyeras en ese rollo —dije frunciendo el ceño.

—Ni yo, pero la noche antes de que Bear naciera ocurrió algo sorprendente.

—¿El qué?

—Cogí un avión rumbo a España para ir en busca de Tiggy, a la que acababan de diagnosticar una dolencia cardíaca. Se había escapado para encontrar a su familia biológica. Y ella me dijo algo, Electra, algo que solo Theo podía saber.

Observé cómo Ally se llevaba su pálida mano al colgante que adornaba su cuello.

—¿Qué te dijo?

—Theo me compró esto.

Ally me mostró la turquesita que pendía de la cadena.

—La cadena se me rompió unas semanas antes, y Tiggy me dijo que Theo quería saber por qué no la llevaba. Luego me dijo que a Theo le gustaba el nombre de Bear. ¿Y sabes una cosa, Electra? ¡A él le encantaba!

Los ojos de Ally se llenaron de lágrimas.

—Pues sí, después de haber sido tan cínica, me temo que ahora creo firmemente en el más allá. Y sé que Theo nos observa —añadió encogiéndose de hombros y dirigiéndome una sonrisa enigmática.

—De verdad, me encantaría creer en algo así. El problema es que no creo en nada. Y dime, ¿cómo está Tiggy del corazón?

—Mucho mejor. Ha regresado a las Tierras Altas de Escocia y se ha instalado felizmente con el médico que cuidó de ella cuando estuvo enferma, y que, por cierto, también es el dueño de la finca en la que trabaja.

—Entonces ¿van a sonar pronto campanas de boda?

—Lo dudo. Charlie sigue casado y el proceso de divorcio está siendo bastante desagradable, por lo que me ha contado Tiggy.

—¿Y las demás hermanas?

—Maia sigue en Brasil con Floriano y la hija de este; él es encantador. Star se encuentra en Kent, en Inglaterra, con su novio, al que, por alguna razón que ignoro, llaman Mouse; le está ayudando con la reforma de su casa. Y CeCe está en Australia; vive con su abuelo y su amiga Chrissie en el interior del país. He visto algunas fotografías de sus cuadros y son fantásticos. Tiene tantísimo talento...

—Por lo visto, todas las hermanas han emprendido una nueva vida —dije.

—Sí, eso parece.

—Y todas han encontrado su camino indagando en su pasado...

—Sí, así es. Y yo también. Te mandé un e-mail contándote que tengo un hermano gemelo, ¿no?

—Pues...

—¡Oh, Electra! Sí que te lo mandé, estoy segura. Y un padre biológico que es un genio de la música, aunque también un borracho perdido.

Ally sonrió con cariño al acordarse de él mientras cambiaba con destreza al niño de un pecho al otro.

—Y cuéntame —añadió—, ¿has hecho algo después de recibir la carta que te escribió Pa?

—Ni siquiera la abrí. Y para serte sincera, no recuerdo dónde la guardé. Tal vez la haya perdido.

—¡Oh, Electra! —Ally me dirigió su mejor mirada de desaprobación—. No hablas en serio...

—Bueno, estará en algún sitio... Tampoco me he molestado en buscarla.

—¿De veras que no quieres saber de dónde vienes?

—No, no le encuentro sentido. ¿Qué importa? Yo soy quien soy ahora.

—Pues es evidente que a mí me ayudó. Y aunque no te importe lo que diga la carta, las palabras escritas por Pa son el último regalo que nos hizo a todas.

—¡Maldita sea! —estallé—. ¡Tú y las demás consideráis a Pa una especie de puto Dios! ¡Solo era un tío que nos adoptó por alguna misteriosa razón que ninguna de nosotras conoce realmente!

—Por favor, Electra, no levantes la voz, que asustas al niño. Pero lo siento si yo...

—Me voy a dar un paseo.

Me levanté, me dirigí a la puerta principal y la abrí. Salí y cerré dando un portazo. Crucé el césped hacia el embarcadero, arrepintiéndome, como siempre me ocurría después de pasar unas horas en Atlantis, de haber vuelto.

—¿Qué tienen mis hermanas con Pa? Ni siquiera es nuestro padre biológico, ¡por Dios!



Seguí lamentándome mientras me sentaba en el borde del embarcadero con los pies colgando e intenté calmarme respirando profundamente. No funcionó. Tal vez lo consiguiera metiéndome otra rayita. Me levanté y volví sobre mis pasos hasta la casa. Entré con sigilo y subí la escalera de puntillas. Una vez en mi habitación, eché el cerrojo y cogí lo que necesitaba.

Al cabo de unos minutos ya me sentía más tranquila. Me tumbé en la cama y empecé a hacer un repaso de cada una de mis hermanas. Se me aparecían como princesas de Disney, lo cual era bastante divertido. No me resultaban irritantes con ese aspecto, y las quería, a todas excepto a CeCe (de repente era la bruja malvada de Blancanieves). Me reí y decidí que aquello era una crueldad, incluso para CeCe. La gente suele decir que la familia no puede elegirse, solo los amigos, pero Pa nos había elegido a nosotras, y nosotras estábamos atadas unas a otras. La razón de que CeCe y yo no nos lleváramos bien tal vez fuera que no estaba dispuesta a aguantar mis gilipollices, a diferencia del resto de mis hermanas. Y, además, podía gritar más que yo. Mis otras hermanas hacían cualquier cosa por mantener la paz, pero a ella le daba igual. Un poco como a mí...

Mis cuatro hermanas mayores probablemente no habían pensado nunca en que se tenían unas a otras: Maia y Ally, Star y CeCe, lo cual me dejaba a mí con Tiggy. Solo nos llevábamos unos meses y desde pequeña me sentí unida a ella. Sin embargo, aunque la quería de verdad, no podíamos ser más distintas. Y no ayudaba mucho el que todas mis hermanas mayores no ocultaran que la hermanita con la que preferían jugar era Tiggy, no yo. Tiggy no chillaba ni tenía constantes berrinches. Se quedaba sentada en el regazo de cualquiera chupándose el pulgar y portándose bien. A medida que nos hicimos mayores, intenté congeniar con ella porque me sentía sola, pero todo su rollo espiritual se convirtió en un muro.

Cuando se me pasaron los efectos de la coca, mis hermanas dejaron de ser unas princesitas de Disney para volver a ser ellas mismas. ¡Pero qué importaba ya! Pa ya no estaba, éramos un grupo de mujeres dispares a las que habían juntado de pequeñas y ahora cada una seguía su propio camino. Tomé aliento e intenté hacer lo que todos mis psicoterapeutas me habían dicho que hiciera: analizar por qué estaba tan enfadada. Y, para variar, creí que sabía el

motivo: Ally me había dicho que todas eran felices, que habían emprendido una nueva vida con gente que las quería. Incluso CeCe, de la que siempre pensé que, como yo, era una mujer imposible de amar, había logrado en cierto modo superar su extraña obsesión con Star y había tirado adelante. Es más, había descubierto su pasión por el arte, algo que la fascinaba.

Y ahí estaba yo, el bicho raro. Desde la muerte de Pa no había conseguido encontrar nada ni a nadie, salvo a un nuevo camello mucho más fiable. Aunque desde el punto de vista económico yo era la que había tenido más éxito —por lo que me decía mi contable, podía dejar de trabajar y no preocuparme por el dinero en toda mi vida—, ¿qué más daba si no sabía lo que quería?

Alguien llamó a mi puerta.

—¿Electra? ¿Estás ahí?

Era la voz de mi hermana.

—Sí, pasa.

Ally entró con Bear en brazos.

—Electra, si he dicho algo que te haya molestado, te ruego que me disculpes —dijo desde el umbral.

—Oye, no pienses más en eso. No eres tú, soy yo.

—Bueno, sea como sea, lo siento. Me encanta verte y me alegro de que hayas venido. ¿Te importa si me siento? El niño pesa una tonelada.

—Claro —dije con un suspiro.

Lo último que necesitaba en esos momentos era verme atrapada en mi habitación con Ally interrogándome.

—Solo quiero comentarte algo, Electra. Algo que Tiggy me dijo que deberíamos investigar.

—Sí, dime, ¿de qué se trata?

—Al parecer, Tiggy, cuando estuvo aquí el mes pasado, descubrió un sótano al que se accede por un ascensor secreto.

—Bien. ¿Y qué?

—Por lo visto se utilizaba para almacenar vino, pero se dio cuenta de que había una puerta oculta detrás de una de las estanterías. Tal vez deberíamos averiguar adónde conduce.

—Vale. Pero ¿por qué no se lo preguntamos a Ma?

—Podríamos, sí, pero a Tiggy le dio la sensación de que Ma no quería hablar de ello.

—¡Por Dios, Ally! ¡Esta es nuestra casa y Ma trabaja para nosotras! Podemos preguntar lo que queramos y hacer lo que nos dé la gana, ¿vale?

—Sí, claro que podemos, pero... bueno —dijo soltando un suspiro—, tal vez deberíamos actuar con más delicadeza, por una cuestión de respeto. Ma lleva mucho tiempo viviendo aquí, se ha encargado de la casa con la ayuda de Claudia y cuidó de nosotras... y no quiero herir sus sentimientos, especialmente ahora que las cosas son... distintas.

—O sea, ¿quieres que bajemos al sótano en ese ascensor en mitad de la noche y descubramos adónde conduce esa puerta? —Levanté una ceja—. Sigo sin pillar por qué tenemos que montar toda esta película cuando podríamos preguntárselo a Ma directamente.

—Venga, Electra, no seas tan desconsiderada. El ascensor y el sótano secreto están ahí, y Pa los ocultó por alguna razón. Al margen de lo que pienses de él o de lo que sientas por él, no se puede negar que era un hombre práctico. En cualquier caso, me paso las noches en vela por culpa de Bear, de modo que iré a investigar. Pensé que te haría gracia acompañarme. Tiggy dijo que tendríamos que ser dos para mover la estantería que tapa la puerta. También me dijo dónde estaba la llave. Oye, ¿te importaría sostener a Bear un par de minutos mientras voy al baño?

Ally se levantó y me dejó al niño en el regazo. Para que no se me cayera de espaldas, tuve que agarrarlo con las dos manos. Bear soltó un eructo como respuesta.

—¡Fantástico! —exclamó Ally desde la puerta—. Me he pasado una hora intentando que lo hiciera.

La puerta se cerró tras ella, y Bear y yo nos quedamos solos. Yo lo miraba a él y él me miraba a mí.

—¡Hola! —dije, y recé para que no se hiciera pis o algo peor encima de mí.

Era la primera vez que sostenía a un niño tan pequeño entre mis brazos. Le entró un pequeño hipo, pero enseguida volvió a quedarse mirándome.

—¿Qué estás pensando, muchachito? ¿Te preguntas por qué, aunque soy tu tía, mi color es distinto al de tu mamá? No lo has conocido, pero tenías un abuelo de lo más raro —añadí, pues pa-

recía disfrutar de nuestra charla—. Quiero decir, era extraordinario, ya me entiendes, muy inteligente y todo eso, pero creo que nos ocultaba a todas muchos secretos. ¿Qué opinas?

De repente noté que su cuerpecito se relajaba entre mis brazos, y cuando Ally volvió, Bear había cerrado los ojos y se había quedado dormido.

—¡Uau! ¡Tienes madera para esto! —exclamó sonriéndome—. Normalmente tengo que mecerlo horas y horas antes de que se rinda.

—Supongo que se aburría —dije encogiéndome de hombros mientras Ally me lo cogía con cuidado.

—Voy a acostarlo en su cuna y a descansar un poco mientras pueda —dijo en voz baja—. ¡Hasta luego!

Antes de cenar, me bebí la dosis de vodka que me permitía mantener la calma y luego, cuando bajé, le di otro trago a la botella de la despensa. Por suerte, la conversación no fue mucho más allá de lo fantástica que era Claudia como cocinera (preparó su famoso Schnitzel y me lo comí todo) y de los planes relativos a nuestro viaje a Grecia en barco para depositar una corona de flores por el aniversario del fallecimiento de Pa.

—Había pensado que nosotras, las hermanas, hiciéramos el crucero solas, pero la semana antes Maia llegará en avión con Floriano, al que me muero de ganas de conocer, y la hija de este, Valentina —me informó Ally—. Star, Mouse y su hijo, Rory, llegarán también en avión, así como Tiggy, su novio Charlie y la hija de este, Zara...

—¡Madre mía! —exclamé interrumpiéndola—. ¿Quieres decir que Maia, Star y Tiggy hacen de segunda madre para los hijos de sus parejas?

—Sí, así es —dijo asintiendo.

—Y como vuestra segunda madre, estoy convencida de que mis niñas adorarán a los hijos de sus parejas precisamente porque no son de su sangre —añadió Ma con tono firme y seguro.

—¿Va a venir CeCe?

—Dijo que vendría, sí. Espera que su abuelo y su amiga Chris-sie puedan acompañarla.

—¿Su «amiga» Chrissie?

Tanto Ma como Ally se quedaron mirándome, y me pregunté por qué tenía que ser yo la única de la familia que llamaba a las cosas por su nombre.

—Mantienen una relación, ¿no?

—No lo sé —dijo Ally—, pero parece muy feliz, y eso es lo más importante.

—Pero desde el primer momento fue evidente que CeCe era gay, ¿no?, que estaba enamorada de Star...

—Electra, la vida privada de otra gente no es asunto nuestro —exclamó Ma interrumpiéndome.

—¿Es que acaso CeCe es «otra gente»? Y además, ¿dónde está el problema? Me alegro de que haya encontrado a alguien.

—Estaremos realmente faltos de espacio —prosiguió Ma, implacable.

—Bueno, chicas, como todas os habéis buscado una familia y yo, pobre de mí, estoy solita, si no hay espacio tal vez sea mejor que no vaya.

—¡Vamos, Electra, no digas eso! Tienes que venir, lo prometiste. Ally parecía disgustada.

—Vale, bien, tal vez pueda acomodarme en el sótano secreto que descubrió Tiggy cuando estuvo aquí —repliqué mirando a Ma.

A Ally le cambió la cara: me lanzaba cuchillos con la mirada desde la otra punta de la mesa, pero yo estaba demasiado bebida para que me importara.

—¡Ah, el sótano! —Ma nos observó a las dos—. Sí, le dije a Tiggy que hay uno, pero no tiene nada de misterioso. Cuando nos terminemos el maravilloso Apfelstrudel que ha preparado Claudia, yo misma os llevaré abajo para que lo veáis.

Lancé a mi hermana una mirada que venía a decir algo así como: «¡Mira por dónde!». Ally arqueó las cejas con exasperación y, cuando terminamos el postre, Ma se levantó y sacó una llave de la caja que había colgada en la pared.

—Venga, ¿bajamos?

No esperó respuesta, pues ya estaba saliendo de la cocina, así que Ally y yo la seguimos. En el pasillo, Ma tiró de una arandela de latón para correr un panel de caoba que ocultaba un pequeño ascensor.

—¿Por qué lo instalaron? —pregunté.

—Como le conté a Tiggy, tu padre se hizo mayor y quería acceder con facilidad a todos los rincones de la casa.

Ma abrió la puerta del ascensor y las tres nos apretujamos en su interior. De inmediato, sentí claustrofobia y respiraré hondo varias veces mientras Ma apretaba un botón de latón y la puerta se cerraba detrás de nosotras.

—Sí, eso lo entiendo, pero ¿por qué lo ocultó? —pregunté cuando el ascensor se puso en marcha.

—Electra, calla de una vez, ¿quieres? —me reprendió Ally, que en aquel momento estaba más que enfadada conmigo—. Estoy segura de que Ma nos lo explicará todo.

El viajecito duró unos cuatro segundos, y sentí claramente el bote que dio el ascensor cuando llegamos abajo. La puerta se abrió y accedimos a un sótano normal y corriente que, como había dicho Ally, estaba lleno de estanterías con botellas de vino.

—¡Pues ya estamos aquí! —exclamó Ma al salir del ascensor, y abrió los brazos para mostrarnos el lugar—. La bodega de vuestro padre. —Me miró y sonrió—. Electra, siento que no haya ningún gran misterio.

—Pero...

A espaldas de Ma, los ojos de Ally me enviaron un mensaje que hasta yo me di cuenta de que no podía ignorar.

—Ya... Bueno, está muy bien.

Empecé a dar vueltas alrededor de las estanterías observando lo que Pa había ido almacenando allí abajo. Cogí una botella.

—¡Uau! Château Margaux, 1957. Por esto te cobran más de dos mil dólares en los mejores restaurantes de Nueva York. ¡Lástima que yo sea más de vodka!

—¿Podemos volver arriba? Tengo que ver qué hace Bear —dijo Ally lanzándome otra mirada de advertencia.

—Dame solo un par de minutos —contesté mientras seguía curioseando entre las estanterías, cogiendo cualquier botella rara y haciendo ver que me interesaba por su etiqueta, a la vez que buscaba con los ojos la puerta oculta de la que hablaba Ally.

A la derecha de la estancia me puse a mirar una botella de borgoña Rothschild de 1972 y vi las líneas casi imperceptibles de un contorno en el enyesado de la pared detrás de la estantería.

—¡Vale! —exclamé dirigiéndome hacia ellas—. ¡Vamos!

Cuando llegamos al ascensor, me di cuenta de que tenía un marco de acero macizo.

—¿Para qué es esto, Ma? —pregunté tocando el marco con el dedo.

—Si aprietas este botón —respondió Ma señalando un lado del marco—, se cerrarán las puertas de acero que hay delante del ascensor.

—¿Quieres decir que si apretáramos ese botón nos quedaríamos atrapadas aquí abajo? —pregunté al tiempo que me invadía instintivamente una sensación de pánico.

—No, nada de eso, Electra. Si alguien intentara acceder al sótano usando el ascensor, se encontraría con el paso bloqueado. Es una cámara acorazada —nos explicó cuando volvíamos a apretujarnos en aquel espacio tan reducido—. No tiene nada de extraño en la casa de una familia rica que vive en un lugar aislado. Si, Dios no lo quiera, Atlantis fuera asaltada por unos ladrones o algo peor, podríamos encerrarnos aquí y pedir ayuda. Y sí, *chérie* —añadió mirándome con una leve sonrisa mientras el ascensor subía—, aquí abajo hay señal de wifi. ¡Ya hemos llegado!

Salimos del ascensor y las tres nos dirigimos a la cocina. Vi el lugar exacto de la caja en el que Ma colgaba la llave.

—Os ruego que me disculpéis, pero estoy muy cansada y necesito acostarme —dijo Ma.

—Es culpa de Bear. Llevas levantada desde las cinco, Ma. Yo me encargaré de él mañana por la mañana.

—No, Ally. Si me acuesto ahora, estaré bien. De todos modos, estos días me despierto siempre pronto. Buenas noches.

Nos saludó haciendo un gesto con la cabeza y salió de la cocina.

—Subo a ver qué hace Bear —dijo Ally, a punto ya de seguir los pasos de Ma y antes de que yo le diera un golpecito en el hombro.

—¿Y por qué no utilizas el ascensor? —dije. Saqué la llave del gancho y la hice oscilar ante sus ojos—. Llega hasta el ático. He visto el botón en el ascensor.

—No, Electra, por aquí voy bien, gracias.

—Como quieras —respondí encogiéndome de hombros mientras Ally subía por la escalera.

Me preparé otro vodka con Coca-Cola y luego empecé a dar vueltas por el vestíbulo hasta que abrí la puerta del despacho de Pa. Era una especie de museo viviente; parecía como si Pa acabara de salir de allí y estuviera a punto de regresar. Su pluma y su cuaderno de notas seguían en el centro del escritorio, todo tan immaculado como siempre. «A diferencia de su hija menor», pensé con una sonrisa mientras me acomodaba en su vieja silla de capitán con asiento de cuero. Me puse a mirar la estantería llena de libros que se extendía a lo largo de toda una pared, me levanté y cogí el *Gran Diccionario Oxford de la Lengua Inglesa* que tantas veces había utilizado de niña. En cierta ocasión, entré en aquel mismo despacho y me encontré a Pa sentado en su silla haciendo el crucigrama de un periódico inglés.

—¡Hola, Electra! —me había dicho levantando la mirada—. Este me está costando bastante.

Leí la definición: «Bajan para dormir (8)», y me puse a pensar.

—¿No serán los párpados?

—¡Claro, por supuesto, tienes razón! ¡Qué lista eres!

A partir de entonces, durante las vacaciones escolares, siempre que estaba en casa, Pa me hacía una seña para que entrara en su despacho y nos sentáramos a hacer un crucigrama. Para mí aquel pasatiempo tenía un efecto balsámico; de hecho, a menudo aún cogía cualquier periódico cuando estaba en la sala de embarque esperando la salida de mi vuelo. Además me proporcionó un vocabulario excelente, que yo sabía que sorprendía a los periodistas que me entrevistaban (todos daban por sentado que yo era una mujer de pocas luces, tan espesa como las capas de maquillaje que normalmente cubrían mi rostro).

Volví a colocar el diccionario en su sitio. Estaba a punto de salir del despacho cuando mis pasos se detuvieron: percibía el intensísimo olor de la colonia de Pa. Habría reconocido aquella fresca esencia de limón en cualquier sitio. Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar lo que Ally me había contado antes acerca de la sensación de que Theo estaba ahí con ella...

Con un estremecimiento, salí del despacho y cerré dando un portazo.

Ally estaba de nuevo en la cocina haciendo no sé qué con unas botellas.



—¿Y esa leche en la jarra? —pregunté—. Pensaba que a Bear le dabas el pecho.

—Lo hago, pero me he sacado leche hace un rato para que Ma pueda darle un biberón cuando se despierte mañana a primera hora.

—¡Uf! —Volví a sentir un escalofrío al verla verter la leche en una botella—. Si algún día tengo un hijo, cosa que dudo mucho, sería incapaz de hacer todo eso.

—¡Nunca digas de esta agua no beberé! —exclamó sonriéndome—. Por cierto, hace unas semanas vi una fotografía tuya con Zed Eszu en una revista. ¿Sois pareja?

—¡Por Dios, no! —respondí mientras introducía los dedos en la caja de galletas de mantequilla y sacaba una—. A veces salimos de fiesta juntos por Nueva York. O, para ser más exactos, montamos la fiesta en casa.

—¿Quieres decir que tú y Zed Eszu sois amantes?

—Sí. ¿Por qué? ¿Tienes algún problema con eso?

—No, no, en absoluto. Quiero decir... —Me miró nerviosa—. Yo...

—¿Tú qué, Ally?

—¡Oh, nada! Bueno, me voy a la cama para intentar dormir mientras pueda. ¿Y tú?

—Sí, ahora voy —contesté.

Justo después de dar un buen trago a la botella de vodka que guardaba en mi bolsa de viaje y de meterme en la cama de mi infancia, sintiéndome agradablemente mareada, me acordé del contorno de la puerta escondida detrás de la estantería de botellas de vino que había en el sótano. Tal vez debería ir a investigar...

«Mañana», me prometí a mí misma mientras se me cerraban los ojos.